Robert Graves

DIOSES Y HÉROES DE LA ANTIGUA GRECIA

TRADUCCIÓN DE CARLES SERRAT
PRÓLOGO DE RAMÓN IRIGOYEN

MILLENIUM
las 100 joyas del milenio

Colección Millenium
las 100 joyas del milenio

Una colección publicada por **EL MUNDO**,
UNIDAD EDITORIAL, S. A.
c/ Pradillo, 42 28002 Madrid

Dioses y héroes de la antigua Grecia
Título original: *Greek Gods and Heroes*
Traducción de Carles Serrat

Licencia editorial para BIBLIOTEX, S. L.
© The Trustees of the Robert Graves
Copyright Trust
© 1999 UNIDAD EDITORIAL, por
acuerdo con Bibliotex, S. L. para esta
edición

Diseño cubierta e interiores:

ZAC diseño gráfico

Ilustración:

Javier Vellés

Impresión y encuadernación:

Printer, Industria Gráfica, S. A.

ISBN: 84-8130-155-8

Dep. Legal: B. 27.353-1999

De venta conjunta e inseparable con
EL MUNDO

Prólogo

RAMÓN IRIGOYEN

Mi experiencia, gravemente traumática, de la religión católica fue la razón determinante de mi tardío descubrimiento de los maravillosos mitos griegos. Por ejemplo, cuando cursaba filología clásica en la Universidad de Salamanca, allá por los años en que aparecieron los Beatles, aunque no precisamente por el Patio de Anaya de la facultad de filosofía y letras, y asistía a las clases de griego de los grandes helenistas Martín. S. Ruipérez y Luis Gil, con la hostia consagrada todavía casi en la punta de la lengua, un libro tan prodigiosamente delicioso como Dioses y héroes de la antigua Grecia, de Roben Graves, que ya se había publicado en Londres, si me lo hubiera encontrado entonces, me habría parecido un aborto del diablo.

Frente a la verdad cristiana revelada, cuyo cielo estaba gobernado serena y castamente por Dios Padre, y que iluminaba mi vida con las más divinas luces de los profetas del Antiguo Testamento y los salvíficos relatos de los evangelistas, el miserable Olimpo griego, poblado promiscuamente por dioses y diosas, que copulaban como camellos, me parecía un repugnante prostíbulo sin pies ni cabeza. La religión, me decía, después de la comunión, es algo profundamente serio y solemne, y estos dioses griegos degenerados no son más que tratantes de ganado.

Leo, estos días, por razones de trabajo, el prólogo de la excelente traducción de Vidas de filósofos, de Diógenes Laercio, que, en el siglo XVIII, firmó el gran helenista José Ortiz y Sainz, quien declara que ha disfrazado muchas palabras y expresiones menos decentes que Diógenes Laercio usa, como gentil que es, sin ninguna reserva. Y el traductor las anota, para que no dañen al lector, porque son opiniones ajenas a la sana moral. E incluso un hombre tan culto y fino como Ortiz y Sainz no puede librarse de la demente suficiencia que suele generar la fe en el Dios de los católicos. Aquí aparece, con todos sus hierros y yerros, el católico español que es más bruto que un arado etrusco, incluso, insisto, en el caso de un hombre fino como Ortiz y Sainz: «Por lo demás, los lectores se reirán como yo al ver los caprichos, sandeces, y necedades de Aristipo, Teodoro, Diógenes y demás cínicos; la metempsicosis pitagórica; ... el ateísmo de unos; el politeísmo de otros; y, en una palabra, cuantos disparates hacían y decían algunos filósofos de estos; pues la filosofía que no va sujeta a la revelación apenas dará paso sin tropiezo».

Como se ve, a Ortiz y Sainz, le hacía gracia, por disparatada, la metempsicosis pitagórica, pero encontraba muy razonables —vamos, de lógica germánicamente cuadrada— la virginidad de María después del parto, la divinidad y resurrección de Jesucristo, su ascensión a los cielos.

En 1958 Luis Cernuda escribe «Historial de un libro. (La Realidad y el Deseo)», su autobiografía poética resumida en treinta y siete prodigiosas páginas. Y allí queda claro por qué un libro como, por ejemplo, Dioses y héroes de la antigua Grecia era imposible que fuera fruto de un cerebro español. Dice Cernuda: «No puedo menos de deplorar que Grecia nunca tocara al corazón ni a la mente española, los más remotos e ignorantes, en Europa, de “la gloria que fue Grecia”. Bien se echa de ver en nuestra vida, nuestra historia, nuestra literatura». Y, aunque está muy claro, hay que explicar por qué Grecia, con muy pocas excepciones, no ha rozado nuestra vida, nuestra historia, nuestra literatura. Y Grecia no ha rozado la cultura española porque aquí, levantes donde levantes una piedra, siempre te salta al ojo una puta iglesia románica.

Tampoco, cuando me fui a vivir a Atenas, a los veinticuatro años, tuve suerte con los mitos griegos. Allí, al borde de la Acrópolis, quedó pulverizada instantáneamente mi fe católica e, inmediatamente, me puse a blasfemar, a razón de unas doscientas blasfemias por minuto, como un labrador de Tudela picado en un ojo por un tábano cisterciense. Hice mío el odio que el poeta

latino Lucrecio sentía por todas las religiones del mundo e incluí en este odio mío, según la célebre expresión romana, más que púnico, a la mismísima religión griega. Para colmo, y como debía ser, los griegos que me interesaron de verdad fueron los contemporáneos, y los poetas Seferis, Cavafis y Elitis desplazaron al Olimpo a Esquilo, Sófocles y Eurípides. De los dioses griegos, por muchos años, no quise saber nada. A mí, entonces, me interesaban sólo los poetas, los camareros, los quiosqueros, los futbolistas, los taxistas: o sea, gentes sin complicaciones celestiales.

Pero, cuando, con los años, ya vi que había cubierto, e incluso con creces, mi cupo de blasfemias tudelanas, me acerqué por fin, ya sin resentimiento, a Dioses y héroes de la antigua Grecia y devoré estas historias como lo que son: unos cuentos griegos maravillosos relatados por Robert Graves, un genial bardo de Wimbledon, que siempre gastó una prosa que está a la altura de su excelente y copiosa poesía.

Dioses y héroes de la antigua Grecia es el libro que debería ser de lectura aconsejada en todos los colegios occidentales. Es el único antídoto eficaz contra el mal de ojo de los crucifijos que todavía cuelgan en las aulas y en algunos hospitales públicos. En la historia de Occidente, sólo Ovidio, en Las metamorfosis, ha narrado los mitos griegos con las gracia, rigor, frescura, humor, dramatismo y desparpajo del exquisito Robert Graves.

Robert Graves

Dioses y héroes
de la antigua Grecia

Introducción

Casi todas las artes y ciencias útiles nos fueron dadas por los antiguos griegos: la astronomía, las matemáticas, la ingeniería, la arquitectura, la medicina, la economía, la literatura y el derecho. Incluso el lenguaje científico moderno está formado mayoritariamente por palabras griegas. Ellos fueron el primer pueblo de Europa en escribir libros; y dos largos poemas de Hornero —acerca del asedio de Troya y sobre las aventuras de Odiseo— se leen todavía con placer, aunque su autor viviera antes incluso del 700 a. de C. Después de Hornero llegó Hesíodo, quien, entre otras cosas, escribió sobre dioses, guerreros y la creación. Los griegos tenían un gran respeto por Hornero y Hesíodo, y las historias (hoy llamadas «mitos») que ellos y otros poetas narraron se convirtieron

en parte de la cultura, no sólo de Grecia, sino de cualquier lugar donde llegara la lengua griega: desde Asia occidental hasta el norte de África y España.

Roma conquistó Grecia unos ciento cincuenta años antes del nacimiento de Cristo, pero los romanos admiraban tanto la poesía griega que continuaron leyéndola, incluso después de convertirse al cristianismo. La cultura romana se extendió por toda Europa y, al final, llegó sin grandes cambios desde Inglaterra hasta América. Cualquier persona culta debía conocer la mitología griega casi tan bien como la Biblia, aunque sólo fuera porque el mapa griego del cielo nocturno, aún utilizado por los astrónomos, era un libro ilustrado de los mitos. Algunos grupos de estrellas están formados por perfiles relacionados con las personas y los animales mencionados en aquella mitología: héroes como Heracles y Perseo; el caballo alado Pegaso; la bella Andrómeda y la serpiente que casi la devora; el cazador Orión; el centauro Quirón; la popa del *Argos*; el carnero del vellocino de oro, y tantos otros.

Estos mitos no son solemnes, como las historias bíblicas. La idea de que pudiera haber un solo Dios y ninguna diosa no gustaba a los griegos, que eran un pueblo listo, pendenciero y divertido. Pensaban que el cielo estaba gobernado por un linaje divino muy parecido al de cualquier familia humana acaudalada, pero inmortal y todopoderoso; y solían reírse de ellos, al mismo tiempo que les ofrecían sacrificios. Incluso hoy, en pueblos europeos recónditos, donde un hombre rico es propietario de muchas casas y tierras, sucede más o menos lo mismo. Todos los habitantes del pueblo han sido educados con el propietario y le pagan un alquiler con regularidad. Pero a sus espaldas suelen decir: «¡Qué tipo más soberbio, violento y antipático! ¡Qué mal trata a su mujer... y ella no para de chincharle! ¿Y sus hijos? ¡Vaya una pandilla! La hija, tan guapa, está loca por los hombres y se comporta de cualquier manera; el chico que está en el ejército es un matón y un cobarde, y el que acompaña a su padre y cuida del ganado es un bocazas del que no te puedes fiar... Por cierto, el otro día me contaron...».

Así era como los griegos hablaban de su dios Zeus y de Hera, la esposa de éste; de Ares, dios de la guerra e hijo de esta pareja; y también de Afrodita, Hermes y el resto de la pendenciera familia. Los romanos les dieron nombres distintos: Júpiter en lugar de Zeus, Marte en lugar de Ares, Venus en lugar de Afrodita, Mercurio en lugar de Hermes..., sustantivos que hoy identifican a los planetas. Los guerreros, la mayoría de los cuales aseguraban ser hijos de dioses con madres humanas, solían ser antiguos reyes griegos, cuyas aventuras fueron repetidas por los poetas para satisfacción de sus orgullosos descendientes.

R.G.

Deià, Mallorca, España.

El palacio del Olimpo

I

Los doce dioses y diosas más importantes de la antigua Grecia, llamados dioses del Olimpo, pertenecían a la misma grande y pendenciera familia. Menospreciaban a los anticuados dioses menores sobre los que gobernaban, pero aún menospreciaban más a los mortales. Los dioses del Olimpo vivían todos juntos en un enorme palacio erigido entre las nubes, en la cima del monte Olimpo, la cumbre más alta de Grecia. Grandes muros, demasiado empinados para poder ser escalados, protegían el palacio. Los albañiles de los dioses del Olimpo, cíclopes gigantes con un solo ojo, los habían construido imitando los palacios reales de la Tierra.

En el ala meridional, detrás de la sala del consejo, y mirando hacia las famosas ciudades griegas de Atenas, Tebas, Esparta, Corinto, Argos y Micenas, estaban los aposentos privados del rey Zeus, el dios padre, y de la reina Hera, la diosa madre. El ala septentrional del palacio, que miraba a través del valle de Tempe hasta los montes agrestes de Macedonia, albergaba la cocina, la sala de banquetes, la armería, los talleres y las habitaciones de los siervos. En el centro, se abría un patio cuadrado al aire libre, con un claustro, y habitaciones privadas a cada lado, que pertenecían a los otros cinco dioses y las otras cinco diosas del Olimpo. Más allá de la cocina y de las habitaciones de los siervos, se encontraban las cabañas de los dioses menores, los cobertizos para los carros, los establos para los caballos, las casetas para los perros y una especie de zoo, donde los dioses del Olimpo guardaban sus animales sagrados. Entre éstos, había un oso, un león, un pavo real, un águila, tigres, ciervos, una vaca, una grulla, serpientes, un jabalí, toros blancos, un gato salvaje, ratones, cisnes, garzas, una lechuza, una tortuga y un estanque lleno de peces.

En la sala del consejo, los dioses del Olimpo se reunían de vez en cuando para tratar asuntos relacionados con los mortales, como por ejemplo a qué ejército de la Tierra se le debería permitir ganar una guerra o si se debería castigar a tal rey o a tal reina que se hubieran comportado con soberbia y de forma reprochable. Pero casi siempre estaban demasiado metidos en sus propias disputas y pleitos como para ocuparse de asuntos relativos a los mortales.

El rey Zeus tenía un enorme trono negro de mármol pulido de Egipto, decorado con oro. Siete escalones llevaban hasta él, cada uno esmaltado con uno de los siete colores del arco iris. En lo alto, una túnica azul brillante proclamaba que todo el cielo le pertenecía sólo a él; y sobre el reposabrazos derecho de su trono había un águila áurea con ojos de rubí, que blandía entre sus garras unas varas dentadas de estaño, lo que significaba que Zeus podía matar a cualquier enemigo que quisiera enviándole un rayo. Un manto púrpura de piel de carnero cubría el frío asiento; Zeus lo usaba para provocar lluvias mágicamente en épocas de sequía. Era un dios fuerte, valiente, necio, ruidoso, violento y presumido, que siempre estaba alerta por si su familia intentaba liberarse de él. Tiempo atrás, él se había librado de su cruel, holgazán y caníbal padre, Cronos, rey de los titanes y de las titánides. Los dioses del Olimpo no podían morir, pero Zeus, con la ayuda de dos de sus hermanos mayores, Hades y Poseidón, había desterrado a Cronos a una isla lejana en el Atlántico, probablemente a las Azores o quizá a la isla Torrey, en la costa de Irlanda. Zeus, Hades y Poseidón se sortearon las tres partes del reino de Cronos. Zeus ganó el cielo, Poseidón el mar y Hades el mundo subterráneo; la Tierra sería compartida. Uno de los símbolos de Zeus era el águila; otro, el pájaro carpintero.

Cronos consiguió escapar de la isla en una pequeña barca y, cambiando su nombre por el de Saturno, se estableció tranquilamente entre los italianos y se portó muy bien. En realidad, el reinado de Saturno fue conocido como la Edad de Oro, hasta que Zeus descubrió la fuga de Cronos y lo

desterró de nuevo. Por aquel entonces, los mortales de Italia vivían sin trabajar y sin problemas, comiendo sólo bellotas, frutas del bosque, miel y nueces, y bebiendo únicamente leche y agua. Nunca participaban en guerras, y pasaban los días bailando y cantando.

La reina Hera tenía un trono de marfil, al que se llegaba subiendo tres escalones. Cuclillos de oro y hojas de sauce decoraban el respaldo, y una luna llena colgaba sobre él. Hera se sentaba sobre una piel de vaca, que a veces utilizaba para provocar lluvias mágicamente, si Zeus no podía ser molestado para detener una sequía. Le disgustaba ser la esposa de Zeus, porque él se casaba a menudo con mujeres mortales y decía, con una sonrisa burlona, que esos matrimonios no contaban porque esas esposas pronto envejecerían y morirían, y que Hera seguiría siendo siempre su reina, perpetuamente joven y hermosa.

La primera vez que Zeus le pidió a Hera que se casaran, ella lo rechazó, y continuó rehusándolo cada año durante trescientos. Pero un día de primavera, Zeus se disfrazó de desdichado cuclillo perdido en una tormenta y llamó a la ventana de Hera. Ella, que no descubrió el disfraz, dejó entrar al cuclillo, secó sus húmedas plumas y susurró: «Pobre pajarito, te quiero». De repente, Zeus recobró su auténtica forma y dijo: «¡Ahora, tienes que casarte conmigo!». Después de aquello, por muy mal que se portara Zeus, Hera se sentía obligada a dar buen ejemplo a dioses, diosas y mortales, como madre del cielo. Su símbolo era una vaca, el más maternal de todos los animales, pero para no ser considerada aburrida y tranquila como este bóvido, Hera también se atribuía el pavo real y el león.

Estos dos tronos presidían la sala de consejos, al fondo de la cual una puerta daba a campo abierto. A ambos laterales de la sala, se encontraban otros diez tronos: para cinco diosas en el lado de Hera y para cinco dioses en el de Zeus.

Poseidón, dios de los mares y los ríos, tenía el segundo trono más grande. Esta divinidad se sentaba sobre piel de foca y su trono, uno cuyos reposabrazos estaba esculpido con formas de criaturas marinas y decorado con coral, oro y madreperla, era de mármol verde y gris con listones blancos. Zeus, por haberle ayudado a desterrar a Cronos y a los titanes, había casado a Poseidón con Anfitrite, la anterior diosa del mar, y le había permitido quedarse con todos sus títulos. Aunque odiaba ser menos importante que su hermano menor y siempre fruncía el ceño, Poseidón temía el rayo de Zeus. Su única arma era un tridente, con el que podía abrir el mar y hundir los barcos, por eso Zeus nunca viajaba en embarcaciones. Cuando Poseidón se sentía aún más enojado de lo habitual, se marchaba en su carro a un palacio bajo las olas, cerca de la isla de Eubea, y allí esperaba que su ira se aplacase. Como símbolo, Poseidón eligió un caballo, un animal que él aseguraba haber creado: las grandes olas se llaman todavía «caballos blancos» debido a esto.

Frente a Poseidón se sentaba su hermana Deméter, diosa de las frutas, las hierbas y los cereales. Su trono era de brillante malaquita con espigas de cebada de oro y pequeños cerdos dorados. Deméter casi nunca sonreía, excepto cuando su hija Perséfone —infelizmente casada con el odioso Hades, dios de la muerte— la visitaba una vez al año. Deméter había sido bastante alocada de joven y nadie recordaba el nombre del padre de Perséfone: probablemente era un dios del campo con el que la diosa se había casado por una broma de borrachos, durante una fiesta de la cosecha. El símbolo de Deméter era una amapola, que crece roja como la sangre entre la cebada.

Al lado de Poseidón, se sentaba Hefesto, hijo de Zeus y Hera. Como era el dios de los orfebres, los joyeros, los herreros, los albañiles y los carpinteros, él mismo había construido los tronos e hizo del suyo una obra maestra, con todos los metales y piedras preciosas que pudo encontrar. El asiento podía girar, los reposabrazos podían moverse arriba y abajo, y todo el trono podía rodar automáticamente cuando él lo deseara, igual que las mesas doradas con tres patas de su taller. Hefesto quedó cojo nada más nacer, cuando Zeus rugió a Hera «¡Un mocoso debilucho como éste no es digno de mí!» y lo lanzó lejos, por encima de los muros de Olimpo. Al caer, Hefesto se rompió una pierna, con tan mala fortuna que tuvo que ayudarse eternamente de una muleta de oro. Tenía una casa de campo en Lemnos, la isla donde había ido a parar. Su símbolo era una codorniz, un pájaro que en primavera baila a la pata coja.

Frente a Hefesto se sentaba Atenea, la diosa de la sabiduría que había enseñado a Hefesto a manejar las herramientas y que sabía más que nadie sobre cerámica, tejeduría y cualquier oficio

artesanal. Su trono de plata tenía una labor de cestería en oro, en el respaldo y a ambos lados, y una corona de violetas hecha de lapislázulis azules, encima. Los reposabrazos terminaban en sonrientes cabezas de gorgonas. Atenea, aunque era muy lista, desconocía el nombre de sus padres. Poseidón decía que era hija suya, de un matrimonio con una diosa africana llamada Libia. Pero lo único cierto era que, de niña, Atenea fue encontrada, vestida con una piel de cabra, deambulando a orillas de un lago libio. Sin embargo, Atenea, antes de admitir ser hija de Poseidón, a quien consideraba muy estúpido, permitía que Zeus la creyera descendiente suya. Zeus afirmaba que un día, cuando padecía un horrible dolor de cabeza y aullaba como un millar de lobos cazando en jauría, Hefesto había acudido a él con un hacha y, amablemente, le había partido el cráneo, lugar del que surgió la diosa, vestida con una armadura completa. Atenea era también la diosa de las batallas, aunque nunca iba a la guerra si no la obligaban, ya que era demasiado sensata para participar en peleas. En cualquier caso, si llegaba a luchar, siempre ganaba. Esta divinidad escogió a la sabia lechuza como símbolo y tenía una casa en Atenas.

Al lado de Atenea se sentaba Afrodita, diosa del amor y la belleza. Tampoco nadie sabía quiénes eran sus padres. El viento del Sur dijo que la había visto una vez en el mar sobre una concha cerca de la isla de Citera y que la había conducido amablemente a tierra. Podía ser hija de Anfitrite y de un dios menor llamado Tritón, que soplabla fuertes corrientes de aire a través de una caracola, pero también podía ser descendiente del viejo Cronos. Anfitrite se negaba a decir una sola palabra sobre el asunto. El trono de Afrodita era de plata con incrustaciones de berilos y aguamarinas: el respaldo tenía forma de concha, el asiento era de plumas de cisne y, bajo sus pies, había una estera de oro bordada con abejas doradas, manzanas y gorriones. Afrodita tenía un ceñidor mágico que llevaba siempre que quería hacer que alguien la amara con locura. Para evitar que Afrodita se portara mal, Zeus decidió que le convenía un marido trabajador y decente y, naturalmente, escogió a su hijo Hefesto. Éste exclamó: «¡Ahora, soy el dios más feliz!». Pero ella consideró una desgracia ser la esposa de un herrero, con la cara llena de hollín, las manos callosas y además cojo, e insistió en tener una habitación para ella sola. El símbolo de Afrodita era una paloma y visitaba Pafos, en Chipre, una vez al año, para nadar en el mar, lo que le traía buena suerte.

Frente a Afrodita se sentaba Ares, el alto, guapo, presumido y cruel hermano de Hefesto, a quien le gustaba luchar por luchar. Ares y Afrodita estaban continuamente cogidos de la mano y cuchicheando en los rincones, lo que ponía celoso a Hefesto. Si alguna vez éste se quejaba de ello en el consejo, Zeus se reía de él y le decía: «Tonto, ¿por qué le diste a tu esposa ese ceñidor mágico? ¿Puedes culpar a tu hermano si se enamoró de Afrodita cuando lo llevaba puesto?». El trono de Ares, recio y feo, era de bronce, tenía unas calaveras en relieve y estaba tapizado con piel humana! Ares era maleducado, inculto y tenía el peor de los gustos; pero Afrodita lo veía magnífico. Sus símbolos eran un jabalí y una lanza manchada de sangre. Tenía una casa de campo entre los espesos bosques de Tracia.

Al lado de Ares se sentaba Apolo, dios de la música, de la poesía, de la medicina, del tiro con arco y de los hombres jóvenes solteros. Era hijo de Zeus y Leto, una diosa menor con la que Zeus se casó para molestar a Hera. Apolo se rebeló contra su padre una o dos ocasiones, pero sufrió un duro castigo cada vez y aprendió a comportarse con más sensatez. Su trono áureo, extremadamente pulido, tenía grabadas unas inscripciones mágicas, un respaldo en forma de lira y una piel de pitón en el asiento. Encima del mismo, había colgado un sol de oro con veintiún rayos como flechas, porque Apolo decía que gobernaba el Sol. El símbolo de Apolo era un ratón; al parecer, los ratones conocían los secretos de la Tierra y se los contaban a él. (Prefería los ratones blancos a los grises; a la mayoría de los niños aún les sucede.) Apolo poseía una casa espléndida en Delfos, en la cima del monte Parnaso, construida alrededor del famoso oráculo que le robó a la Madre Tierra, la abuela de Zeus.

Frente a Apolo se sentaba su hermana gemela Artemisa, diosa de la caza y de las chicas solteras, de quien Apolo había aprendido la medicina y el tiro con arco. Su trono era de plata pura, con un asiento forrado de piel de lobo y un respaldo con la forma de dos ramas de palmera con perfiles de luna nueva, una a cada lado de una vasija. Apolo se casó varias veces con esposas

mortales en distintas épocas. Una vez, acosó incluso a una chica llamada Dafne, pero ésta imploró ayuda a la Madre Tierra y fue convertida en un laurel, antes de que Apolo pudiera atraparla y besarla. Artemisa, sin embargo, odiaba la idea del matrimonio, aunque cuidaba amablemente a las madres, cuando daban a luz a sus bebés. Artemisa prefería cazar, pescar y nadar a la luz de la luna, en lagos de montaña. Si un mortal la veía desnuda, ella lo convertía en ciervo y lo cazaba. Como símbolo, esta diosa escogió una osa, el más peligroso de todos los animales salvajes de Grecia.

El último de la fila de los dioses era Hermes, hijo de Zeus y de una diosa menor llamada Maya, la cual dio nombre al mes de mayo. Hermes, dios de los comerciantes, los banqueros, los ladrones, los adivinos y los heraldos, nació en Arcadia. Su trono estaba esculpido en un único y sólido bloque de roca gris; los reposabrazos tenían forma de arietes y el asiento estaba tapizado con piel de cabra. En el respaldo había esculpida una esvástica que representaba una máquina para encender fuego inventada por él: la barrena de fuego. Hasta entonces, las amas de casa tenían que coger una brasa del vecino. Hermes también inventó el alfabeto; y uno de sus símbolos era una grulla, ya que estos animales vuelan en forma de V, la primera letra que escribió. Otro de los atributos de Hermes era una rama de avellano pelada, que llevaba como mensajero de los dioses del Olimpo que era. De esa rama colgaban unos cordones blancos que la gente tomaba a menudo por serpientes.

La última de la fila de las diosas era la hermana mayor de Zeus, Hestia, diosa del hogar: se sentaba en un sencillo trono de madera lisa, sobre un simple cojín de lana virgen. Hestia, la más amable y pacífica de todos los dioses del Olimpo, odiaba las continuas peleas familiares y nunca se preocupó por elegir un símbolo. Se encargaba de cuidar el fuego de la chimenea de carbón que había en el centro de la sala de consejos.

Esto suma seis dioses y seis diosas. Pero un día Zeus anunció que Dionisos, hijo suyo y de una mujer mortal llamada Semele, había inventado el vino y que, por tanto, se le debía conceder un sitio en el consejo. Trece dioses olímpicos hubiese sido un número desafortunado, así que Hestia le ofreció su lugar, sólo para mantener la paz. Quedaban pues siete dioses y cinco diosas. Era una situación injusta, ya que cuando se trataba de cuestiones sobre mujeres, los dioses superaban en votos a las diosas. El trono de Dionisos era de madera de abeto dorada, decorado con racimos de uva esculpidos en amatista (una piedra de color violeta), serpientes esculpidas en serpentina (una piedra multicolor), jade (una piedra verde oscuro) y cornalina (una piedra de color rosa). Este dios eligió un tigre como símbolo, ya que una vez había visitado la India, al frente de un ejército de soldados ebrios, y se trajo unos tigres como recuerdo.

En cuanto a los otros dioses y diosas que vivían en el Olimpo, está Heracles, el portero, quien dormía en la caseta de la entrada, y Anfítrite, la esposa de Poseidón, de la cual ya hemos hablado. También estaba la madre de Dionisos, Semele, a quien Zeus convirtió en diosa a petición de su hijo; la odiosa hermana de Ares, Eris, diosa de las peleas; Iris, mensajera de Hera, que corría a lo largo del arco que lleva su nombre; la diosa Némesis, que llevaba una lista de todos los mortales orgullosos y merecedores del castigo de los dioses del Olimpo; el malvado niño Eros, dios del amor, hijo de Afrodita, que se divertía lanzando flechas a la gente para hacerlos enamorarse ridículamente; Hebe, diosa de la juventud, que se casó con Heracles; Ganimedes, el joven y guapo copero de Zeus; las nueve musas que cantaban en el salón comedor, y la anciana madre de Zeus, Rea, a quien su hijo trataba de forma mezquina, a pesar de que ella, una vez le salvó la vida con un truco, cuando Cronos quería comérselo.

En una sala, detrás de la cocina, se sentaban las tres parcas, llamadas Cloto, Láquesis y Átropos. Eran las diosas más ancianas que existían, tan viejas que nadie recordaba su origen. Las parcas decidían cuánto tiempo debía vivir cada mortal: trenzaban un hilo de lino hasta que midiera tantos milímetros y centímetros como meses y años y, luego, lo cortaban con unas tijeras. También sabían cuál sería el destino de todos los dioses del Olimpo, pero casi nunca lo revelaban. Incluso Zeus las temía por este motivo.

Los dioses del Olimpo saciaban su sed con néctar, una bebida dulce hecha con miel fermentada, y comían ambrosía, una mezcla cruda de miel, agua, aceite de oliva, queso y cebada, según se decía, aunque existen dudas al respecto. Algunos afirman que el verdadero alimento de los

dioses del Olimpo eran ciertas setas moteadas que aparecían siempre que el rayo de Zeus caía sobre la Tierra y que eran éstas el motivo de su inmortalidad. La ternera y el cordero asados también eran alimentos favoritos de los dioses del Olimpo así que los mortales sólo se comían estas carnes tras ofrecérselas en sacrificio.

Otros dioses y diosas

II

En aquellos viejos tiempos, además de los mortales de la Tierra, existían unos cuantos dioses-río, fuertes, con cuernos de buey y conocidos con el nombre de su río en particular. También había docenas de náyades inmortales, a cargo de las fuentes y los manantiales, cuyo permiso solicitaban siempre los mortales antes de beber, si no querían que algo malo les pasara. Estos dioses-río y náyades rendían pleitesía a Poseidón, igual que las sirenas y las nereidas de agua salada. Pero las haimdríades, a cargo de los robles, las melíades, responsables de los fresnos, y todas las demás ninfas de nombres diversos, encargadas de los pinos, los manzanos y los mirtos, estaban a las órdenes de Pan, el dios del campo. Si alguien intentaba talar uno de esos árboles sin antes hacer un sacrificio a la ninfa correspondiente —normalmente la ofrenda era un cerdo—, el hacha se desviaba del tronco y el leñador se cortaba las piernas.

El gran dios Pan evitaba relacionarse con los dioses del Olimpo, pero protegía a los pastores, ayudaba a los cazadores a encontrar presas y bailaba a la luz de la luna con las ninfas. Cuando nació, Pan era tan feo que su madre, una de las ninfas, huyó de él aterrorizada: tenía cuernos pequeños, una barbita, y piernas, pezuñas y cola de cabra. Hermes, su padre, lo llevó al Olimpo para que Zeus y los otros dioses se rieran de él. A Pan le gustaba dormir todas las tardes en una cueva o en un bosquecillo y, si alguien lo despertaba sin querer, soltaba un grito espantoso que hacía que el pelo del intruso se erizase: es lo que todavía hoy se llama «pánico».

Una vez, Pan se enamoró de una ninfa llamada Pitis, que se asustó tanto cuando Pan intentó besarla, que se convirtió a sí misma en un pino para escapar del acoso. Pan, entonces, arrancó una de las ramas del pino y se la colocó como si fuera una corona en memoria de la ninfa. Sucedió algo parecido cuando se enamoró de la ninfa Siringa: ésta huyó de él convirtiéndose en un junco. Incapaz de saber cuál de los miles de juncos que crecían a orillas del río era ella, Pan cogió un cayado y los golpeó muy enojado. Después, sintiéndose avergonzado, recogió los juncos rotos, los cortó en diversas longitudes con un cuchillo de piedra, les hizo unos agujeros y los ató en fila: había creado un nuevo instrumento musical, la flauta de Pan o siringa.

Una tarde de abril del año uno después de Cristo, un barco navegaba hacia el norte de Italia, siguiendo la costa de Grecia, cuando la tripulación oyó unos lamentos a lo lejos; una voz fuerte gritó a uno de los marineros desde la orilla: «Cuando llegues a puerto, asegúrate de dar la triste noticia de que el gran dios Pan ha fallecido». Pero nunca se supo cómo y por qué había muerto. Quizá aquello fue sólo un rumor inventado por Apolo, quien quería apoderarse de los templos de Pan.

La hija perdida de Deméter

III

Hades, el tenebroso dios de la muerte, tenía prohibido visitar el Olimpo y vivía en un oscuro palacio en las profundidades de la Tierra. Un día, se encontró con su hermano Zeus en Grecia, territorio que compartían, y le confesó:

—Me he enamorado de tu sobrina Perséfone, la hija de Deméter. ¿Tengo tu consentimiento para casarme con ella?

Zeus no deseaba ofender a Hades diciéndole: «¡No, qué horrible idea!»; pero tampoco quería desairar a Deméter contestándole: «¿Por qué no?». Así que no le dio a Hades ni un sí, ni un no; se limitó a parpadear un ojo.

El guiño dejó satisfecho a Hades, que se fue a Colono, cerca de Atenas, donde Perséfone, que recogía flores primaverales, se había alejado de sus amigas. Hades se la llevó en su gran carro fúnebre. Perséfone gritó, pero cuando las otras chicas llegaron corriendo, ella ya había desaparecido sin dejar ningún rastro, excepto unas margaritas y unas violetas aplastadas. Las chicas, luego, le contaron a Deméter todo lo que sabían.

Deméter, muy preocupada, se disfrazó de anciana y deambuló por toda Grecia en busca de Perséfone. Viajó durante nueve días, sin comer ni beber, y nadie pudo darle noticia alguna. Al final, se dirigió de nuevo hacia Atenas. En el cercano Eleusis, el rey y la reina la trataron con gran amabilidad, le ofrecieron el puesto de niñera de la joven princesa y ella aceptó un vaso de agua de cebada.

Al poco tiempo, el príncipe mayor, Triptolemo, que cuidaba de las vacas reales se le presentó apresurado:

—Si no me equivoco, señora —dijo—, usted es la diosa Deméter. Me temo que le traigo malas noticias. Mi hermano Eubeo estaba dando de comer a los cerdos, cerca de aquí, cuando oyó un gran ruido de pezuñas y vio un carro pasando a toda velocidad. En él iba un rey de cara oscura, ataviado con una armadura negra y acompañado de una chica que se parecía a vuestra hija Perséfone. De repente, la Tierra se abrió ante los ojos de mi hermano y el carro desapareció por el agujero. Todos nuestros cerdos cayeron también en él y los perdimos, porque la Tierra volvió a cerrarse.

Deméter supuso que el rey de cara oscura era Hades. Y junto a su amiga, la vieja diosa bruja Hécate, fue a preguntarle al Sol, que lo ve todo. Éste no quiso contestar, pero Hécate lo amenazó con eclipsarlo todos los mediodías si no les contaba la verdad.

—Era el rey Hades —confesó el Sol.

—Mi hermano Zeus ha tramado esto —dijo Deméter furiosa—. Me vengaré de él.

Deméter no volvió al Olimpo, sino que recorrió Grecia prohibiendo a sus árboles que dieran frutos e impidiendo que la hierba creciera, para que el ganado no pudiera alimentarse. Si aquello duraba mucho tiempo, los hombres se morirían de hambre. Así que Zeus ordenó a Hera que enviase a su mensajera Iris desde el arco iris, con un aviso para Deméter: «¡Por favor, sé sensata, querida hermana, y permite que las cosas vuelvan a crecer!». Deméter no hizo caso y entonces Zeus mandó a Poseidón, a Hestia y a la misma Hera para ofrecerle magníficos regalos. Pero Deméter gimió:

—¡No haré nada por ninguno de vosotros, nunca, hasta que mi hija no vuelva a casa conmigo!

Zeus entonces envió a Hermes para que le dijera a Hades: «Si no dejas que esa chica vuelva a casa, hermano, iremos todos a la ruina». También le dio a Hermes un mensaje para Deméter: «Podrás tener a Perséfone de vuelta, siempre que no haya probado el "alimento de los muertos"».

Puesto que Perséfone se había negado a comer, ni siquiera un trozo de pan, diciendo que prefería morir de hambre, Hades difícilmente podía decir que Perséfone se había ido con él de buen grado. Así que entonces decidió obedecer a Zeus, por lo que llamó a Perséfone y le dijo con amabilidad:

—No pareces feliz aquí, querida. No has comido nada. Quizá sería mejor que regresaras a casa.

Uno de los jardineros de Hades, llamado Ascálafo, estalló en risotadas:

—¡Que no ha tomado ningún alimento, dices! Esta misma mañana, la he visto coger una granada de tu huerto subterráneo.

Hades sonrió. Llevó a Perséfone en su carro hasta Eleusis, donde Deméter la abrazó y lloró de emoción. Hades dijo entonces:

—Por cierto, Perséfone se ha comido siete semillas rojas de una granada; mi jardinero la vio. Tiene que bajar al Tártaro, otra vez.

—¡Si se va —gritó Deméter—, nunca levantaré mi maldición de la Tierra, aunque se mueran todos los hombres y todos los animales!

Al final, Zeus envió a su madre Rea (quien, además, era también la madre de Deméter) para interceder. Finalmente, ambas diosas acordaron que Perséfone se casaría con Hades y que pasaría siete meses en el Tártaro —un mes por cada semilla de granada comida— y el resto del año sobre la Tierra.

Deméter castigó a Ascálafo, convirtiéndolo en una lechuza ululante de largas orejas, y recompensó a Triptolemo, dándole una bolsa de semillas de cebada y un arado. Siguiendo las órdenes de Deméter, Triptolemo recorrió entonces el mundo en un carro tirado por serpientes, y enseñó a la humanidad a arar los campos, sembrar la cebada y recoger las cosechas.

Los titanes IV

Los titanes y las titánides, bajo el mando del rey Cronos, habían gobernado el mundo hasta que la rebelión de Zeus llevó al poder a los dioses del Olimpo. Había siete parejas de titanes; cada una de ellas estaba a cargo de un día de la semana, junto a un planeta, el cual daba nombre a ese período de veinticuatro horas. Cronos y su esposa Rea decidieron que la jornada que les correspondía —el sábado, llamado así por el planeta Saturno— fuera festivo. Pero el consejo de los dioses del Olimpo prohibió a los mortales —a quienes Prometeo, el titán de los miércoles, había creado modelándolos con barro de río— que siguieran uniendo los días en semanas.

La mayoría de los titanes y las titánides fueron expulsados al mismo tiempo que Cronos. Sin embargo, Zeus perdonó a su tía Metis y a su madre Rea, ya que le habían ayudado a derrotar a Cronos. También perdonó a Prometeo por haber advertido a los otros titanes que Zeus debía ganar la guerra, haber luchado al lado de los dioses del Olimpo y haber convencido a Epimeteo de hacer lo mismo. Atlas, el jefe del derrotado ejército de Cronos, fue condenado por el consejo de los dioses del Olimpo a cargar sobre sus hombros la bóveda del cielo, hasta el fin del mundo.

Zeus descubrió más tarde que Prometeo había entrado en secreto en el Olimpo, con la ayuda de Atenea, y que había robado una brasa encendida de la chimenea de Hestia, para que los mortales que él había creado pudieran, a partir de entonces, asar previamente la carne, en lugar de continuar comiéndosela cruda. Prometeo escondió la brasa en la médula de un gran tronco de hinojo y la bajó, aún encendida, a la Tierra. Para castigarlo por dar a los mortales este primer paso hacia la civilización, Zeus ideó un astuto plan. Creó una hermosa, alocada y desobediente mujer a la que llamó Pandora y la envió como regalo a Epimeteo. Cuando éste quiso casarse con Pandora, Prometeo le advirtió:

—Es una trampa de Zeus. No seas tonto y devuélvesela.

De manera que Epimeteo le dijo a Hermes, quien había traído a Pandora:

—Por favor, transmite mi profundo agradecimiento a Zeus por su amabilidad, pero dile que no soy digno de un regalo tan hermoso y que debo rechazarlo.

Más enfadado que nunca, Zeus afirmó que Prometeo había ido al cielo para intentar raptar a Atenea. Así que lo castigó, encadenándolo a una roca en las montañas del Cáucaso, donde un águila le roía el hígado durante el día.

Mientras tanto, Epimeteo, asustado por el castigo a Prometeo, se casó con Pandora. Un día, Pandora encontró una caja sellada en el fondo de un armario. Era la caja que Prometeo le había dado a Epimeteo, para que la guardara en un lugar seguro, diciéndole que no la abriera bajo ningún motivo. Aunque Epimeteo ordenó a Pandora que no la tocara, ella rompió el sello, tal como Zeus había previsto que haría, y de su interior salió un enjambre de horribles criaturas aladas llamadas Vejez, Enfermedad, Locura, Rencor, Pasión, Vicio, Plaga, Hambre y otras. Todas ellas picaron a Pandora y a Epimeteo con gran crueldad y, a continuación, atacaron a los mortales de Prometeo (que hasta entonces habían tenido unas vidas felices y decentes) y lo destruyeron todo. Sin embargo, una criatura de alas brillantes llamada Esperanza salió de la caja en último lugar y evitó que los mortales se quitaran la vida por su profunda desesperación.

El mundo subterráneo del Tártaro

V

El Tártaro, dominio del rey Hades y de la reina Perséfone, estaba en las profundidades de la Tierra. Cuando los mortales morían, Hermes ordenaba a las almas de éstos que fueran por el aire hasta la entrada principal —situada en un bosquecillo de álamos negros al lado del océano occidental— y que bajaran por un oscuro túnel hasta una laguna subterránea llamada Estigia. Allí, tenían que pagarle a Caronte, el viejo y barbudo barquero, para que llevara a las almas hasta el otro lado. El pago debía hacerse con los óbolos que los familiares colocaban bajo las lenguas de los cadáveres que, más tarde, se convertían en espíritus. Caronte contestaba a los espíritus sin moneda que debían escoger entre quedarse para siempre temblando a orillas de la laguna Estigia o volver a Grecia y entrar por una puerta lateral, en Ténaro, donde el acceso era libre. Hades, por otra parte, tenía un enorme perro de tres cabezas, llamado Cerbero, que impedía que ningún espíritu escapase y evitaba que los mortales vivos visitasen el mundo subterráneo.

La región más cercana al Tártaro eran los pedregosos campos gamonales, por los que vagaban eternamente las almas errantes, sin otra cosa que hacer que cazar espíritus de ciervos, si es que les apetecía. Los gamones son unas plantas altas de color blanco rosado, con hojas como puerros y raíces como boniatos. Más allá de los campos gamonales, se alzaba el imponente y frío palacio de Hades. A su izquierda, se erguía un ciprés que señalaba el Lete, la fuente del olvido, en la que los espíritus corrientes se Abalanzaban sedientos a beber. Quienes bebían en ella olvidaban de inmediato sus vidas pasadas, lo que les dejaba sin nada de que hablar. Pero también existía el Mnemosine, la fuente de la memoria, señalada por un álamo blanco. Se llegaba a ella susurrando a los siervos de Hades una contraseña secreta que el poeta Orfeo conocía y que sólo comunicaba a algunos espíritus. A los que bebían allí les era permitido hablar de sus vidas pasadas y podían predecir el futuro. Hades también permitía a estas almas que hicieran breves visitas a la superficie, cuando los descendientes de éstas querían formularles preguntas. Para ello, como pago, los mortales debían sacrificar un cerdo.

A su llegada al Tártaro, los espíritus eran conducidos ante los tres jueces de los muertos: Minos, Radamantis y Eaco. Quienes habían llevado una vida ni muy buena ni muy mala eran enviados a los campos gamonales; los muy malos iban al patio de castigo, detrás del palacio de Hades, y los muy buenos, a una puerta, cerca de la fuente de la memoria, que daba acceso a un huerto, el Elíseo. El Elíseo estaba siempre bajo la luz del Sol. Allí se jugaba, se escuchaba música y la diversión estaba siempre presente; las flores nunca se marchitaban y todas las frutas estaban siempre maduras. Los afortunados espíritus del Elíseo podían visitar la Tierra libremente durante la noche de Todos los Santos y el espíritu que quisiera podía esconderse dentro de un haba, confiando en que ésta fuese comida por una chica rica, sana y amable. Más tarde, la chica lo daría a luz como su hijo. Esto explica el motivo por el que ninguna persona decente comía habas en aquella época: tenían miedo de tragarse el espíritu de uno de sus padres o abuelos.

Hades se hizo inmensamente rico gracias al oro, la plata y las joyas que había en el mundo subterráneo. Pero todos lo odiaban, incluso Perséfone, que se compadecía de los pobres espíritus que estaban a su cargo y que no tenía hijos que la consolaran. La posesión más valiosa de Hades era un casco de invisibilidad, forjado por los cíclopes de un solo ojo, cuando Cronos los envió al Tártaro. Al ser Cronos desterrado, Hades puso en libertad a los cíclopes, siguiendo las órdenes de Zeus, y ellos le dieron el casco en agradecimiento.

Las tres furias estaban a cargo del patio de castigo. Eran unas mujeres negras, horribles,

arrugadas y salvajes, con serpientes en lugar de cabellos, caras caninas, alas de murciélago y ojos ardientes. Llevaban antorchas y látigos de nueve colas. A menudo, las furias visitaban la Tierra para castigar también a los mortales vivos que trataban a los niños con crueldad, que no tenían consideración con la gente mayor y los invitados, o a quienes no eran amables con los mendigos. También acosaban hasta la muerte a aquellos que maltrataran a sus madres, por muy malvadas que éstas fueran. Entre los famosos criminales del patio de castigo, estaban las cuarenta y nueve danaides. Su padre, Dánao, rey de Argos, se había visto obligado a casarlas con sus cuarenta y nueve primos, hijos de su hermano Egipto. En secreto, Dánao entregó a las danaides unos largos y afilados alfileres, y les dijo que se los clavaran en el corazón a sus maridos durante la noche de boda. Las danaides obedecieron y murieron todos los esposos. Aunque las furias no las azotaron porque se habían limitado a cumplir las órdenes de su padre, sí que las condenaron a transportar agua de la laguna Estigia en ánforas, hasta llenar el estanque del huerto de Hades. Las ánforas tenían el fondo agujereado como un colador, así que las danaides quedaron condenadas a caminar penosamente y para siempre desde la laguna al estanque del huerto, sin terminar jamás su trabajo. (Había otra danaide, la número cincuenta, llamada Hípermestra, que también dispuso de su alfiler largo y afilado, pero resulta que ésta se enamoró de su esposo y lo ayudó a escapar ileso. Hípermestra fue directa al Elíseo cuando murió.)

Tántalo de Lidia era otro criminal. Había robado ambrosía, el alimento de los dioses, para comérselo con sus amigos mortales y, encima, había invitado a los dioses del Olimpo a un banquete en el que les había ofrecido un guiso caníbal, ¡con carne de Pélope, su sobrino asesinado! Los dioses del Olimpo descubrieron enseguida que la carne era humana. Zeus, entonces, fulminó a Tántalo con un rayo y devolvió la vida a Pélope. En el Tártaro, Minos, Radamantis y Eaco juzgaron a Tántalo y le impusieron la siguiente pena: atarlo a un árbol frutal, en el que crecían peras, manzanas, higos y granadas, que había junto a la laguna Estigia. La condena era que cuando intentara coger alguna de las frutas que le golpeaban en el hombro, el viento se llevase la rama y, además, que cuando se inclinase a beber, el agua de la laguna que le cubría hasta la altura de la cintura descendiese hasta situarse fuera de su alcance. Tántalo sufre una interminable agonía de hambre y sed.

Sísifo de Corinto, por traicionar un secreto de Zeus, fue condenado por los tres jueces a empujar una gran roca rodando hasta la cima de una colina y dejarla caer por la otra vertiente. La condena era que cuando ya casi alcanzaba la cumbre, la piedra siempre rodaba hacia abajo, a grandes saltos. Sísifo entonces debe empezar de nuevo, exhausto por sus interminables esfuerzos.

El nacimiento de Hermes

VI

Justo después de que Hermes naciera en una cueva de Arcadia, su madre, Maya, se apresuró a encender un fuego para calentar el agua de su primer baño, mientras que Cilene, la niñera, cogió una vasija para llenarla de agua en el arroyo más cercano. Al ser un dios, Hermes creció en pocos minutos hasta el tamaño de un niño de cuatro años, salió de su canastillo de mimbre y se fue de puntillas en busca de aventura. Poco después, sintió la tentación de robar un magnífico rebaño de bueyes que era de Apolo y, para ocultar sus huellas, elaboró un calzado de corteza y de hierba trenzada para los animales y los condujo hasta un bosque detrás de la cueva, donde los ató a unos árboles. Apolo echó de menos a sus bueyes y ofreció una recompensa a quien descubriera al ladrón. Sileno, hijo de Pan, que vivía cerca de allí con sus amigos los sátiros —medio cabras y medio hombres, como él y como su padre— se unió a la búsqueda. A medida que se acercaba a la cueva de Maya, Sileno oyó una preciosa música que salía de su interior.

Sileno se detuvo y, viendo a Cilene en la entrada de la gruta, le gritó:

—¿Quién es el músico?

—Un niño muy listo que nació ayer mismo. Ha construido un nuevo tipo de instrumento musical, tensando tripas de buey en el caparazón vacío de una tortuga —contestó Cilene.

Sileno se dio cuenta entonces que dos pieles de buey, muy frescas, estaban tendidas a secar.

—¿Procedían acaso esas tripas de los mismos bueyes que estas pieles? —le preguntó.

—¿Acusas a un niño inocente de ladrón?

—¡Pues sí! O tu portentoso niño ha robado los bueyes de Apolo o bien has sido tú.

—¿Cómo te atreves a decir estas cosas, viejo asqueroso? Y, por favor, baja la voz o despertarás a la madre del niño.

En ese instante, apareció Apolo y se fue directo a la cueva murmurando:

—Sé, por mis poderes mágicos, que el ladrón está aquí.

Acto seguido, Apolo despertó a Maya y le dijo:

—Señora, su hijo ha robado mis bueyes. Debe devolvérmelos inmediatamente.

Maya bostezó y respondió:

—¡Qué acusación tan ridícula! Mi hijo es un recién nacido.

—Éstas pieles pertenecen a mis hermosos bueyes —contestó Apolo—. ¡Ven conmigo, chico malo!

Apolo entonces agarró a Hermes, que simulaba dormir, y se lo llevó al Olimpo, donde convocó un consejo de dioses y lo acusó de robo.

Zeus frunció el ceño y preguntó:

—¿Quién eres, pequeño?

—Tu hijo Hermes, padre —contestó—. Nací ayer.

—Entonces, seguro que eres inocente de este crimen.

—Robó mis bueyes —añadió Apolo.

—Ayer yo era demasiado joven para distinguir entre el bien y el mal —explicó Hermes—. Hoy ya los distingo y te pido perdón. Puedes quedarte con el resto de los bueyes, si es que son tuyos. Maté sólo a dos y los corté en doce partes iguales, para ofrecerlas en sacrificio a los doce dioses.

—¿Doce dioses? ¿Quién es el duodécimo? —preguntó Apolo.

—Yo mismo —dijo Hermes, haciendo una educada reverencia.

Hermes y Apolo regresaron juntos a la cueva; allí, Hermes cogió la lira hecha con el caparazón de tortuga que estaba bajo las pieles de su canastilla y la tocó tan maravillosamente que Apolo exclamó:

—Suelta ese instrumento. ¡El dios de la música soy yo!

—Lo haré, si puedo quedarme con tus bueyes —contestó Hermes.

Se dieron entonces la mano para sellar el pacto, el primero que nunca se haya hecho, y volvieron al Olimpo, donde explicaron a Zeus que el problema ya estaba resuelto.

Zeus sentó a Hermes en sus rodillas.

—Hijo mío, en el futuro debes tener cuidado de no robar y no contar mentiras. Pareces un chico listo. Has solucionado tu pleito con Apolo muy bien.

—Entonces, nómbrame heraldo tuyo, padre —pidió Hermes—. Te prometo que nunca más diré mentiras, aunque a veces pueda ser mejor no decir toda la verdad.

—Que así sea. Y te encargarás también de los negocios, de todas las compras y las ventas, y de proteger el derecho de los viajeros a circular por cualquier camino público que quieran, siempre que se comporten pacíficamente.

Zeus le dio a Hermes su cayado y unos cordones blancos. Y también le entregó un pétaso áureo para protegerse de la lluvia y unas sandalias aladas doradas, que lo harían volar más rápido que el viento.

Además de las letras del alfabeto (en las que, por cierto, recibió ayuda de las tres parcas), Hermes también inventó la aritmética, la astronomía, las escalas musicales, los pesos y las medidas, el arte del boxeo y la gimnasia.

El Sol, cuyo nombre era Helios, poseía un palacio cerca de Cólquide, en el Lejano Oriente, más allá del mar Negro. Era un dios menor porque su padre había sido un titán. Cuando cantaba el gallo cada mañana, Helios enjaezaba cuatro caballos blancos a un reluciente carro, tan brillante que nadie podía mirarlo sin dañarse los ojos. Helios conducía el carro cruzando el cielo hasta otro palacio en el Lejano Occidente, cerca del Elíseo. Allí, soltaba a sus caballos y, cuando habían comido, los cargaba junto con el carro en una barca dorada, en la cual navegaba, mientras dormía, alrededor del mundo, siguiendo la corriente del océano, hasta que llegaba a Cólquide de nuevo. A Helios le gustaba observar todo lo que sucedía en el mundo que tenía debajo, pero nunca pudo tomarse un día libre en su trabajo.

Factonte, su hijo mayor, estaba siempre pidiéndole permiso para conducir el carro.

—¿Por qué no pasas un día en la cama para variar, padre?

—Tengo que aguardar hasta que tú crezcas —contestaba siempre Helios.

Factonte, que cosechó un carácter tan malo que incluso lanzaba piedras a las ventanas del palacio y arrancaba las flores del jardín, se volvió tan impaciente que, al final, Helios le dijo:

—Muy bien, llevarás el carro mañana. Pero sostén las riendas con firmeza. Los caballos son muy vigorosos.

Factonte intentó exhibirse ante sus hermanas pequeñas; y los caballos, al ver que no sabía manejar las riendas, empezaron a saltar arriba y abajo. Los dioses del Olimpo notaron un frío gélido de repente y, un instante después, vieron que los árboles y las plantas se chamuscaban de calor.

—¡Deja ya de hacer esas bromas estúpidas, muchacho! —gritó Zeus.

—Mis caballos están fuera de control, majestad —dijo Factonte, sin aliento.

Zeus, enojado, envió un rayo a Factonte y lo mató. Su cuerpo cayó al río Po. Las niñas lloraban y lloraban. Y Zeus las convirtió en álamos.

Helios tenía una hermana llamada Eos o Aurora, que se levantaba cada mañana poco antes que el Sol, cogía otro carro (de color rosa) y avisaba a los dioses del Olimpo que su hermano estaba en camino. Aurora se casó con un mortal llamado Titón, a quien Zeus hizo inmortal como favor hacia ella. Pero Aurora olvidó solicitar que Titón se mantuviera siempre joven, por lo que se volvió cada vez más viejo, cada vez más gris, cada vez más feo y cada vez más pequeño, hasta acabar convertido en un saltamontes.

Orfeo VII

La madre de Orfeo fue Calíope, una de las nueve musas, la que inspiraba a los poetas. Además de ser poeta, Orfeo tocaba la lira tan bien que podía domar bestias salvajes con su música, y hacer que las rocas y los árboles se desplazaran para seguirle. Un mal día, su hermosa mujer Eurídice pisó una serpiente dormida y ésta se despertó y la mordió. Ella murió a causa del veneno y Orfeo, valerosamente, descendió hasta el Tártaro, tocando su lira, para rescatarla. Hechizó a Caronte para que lo llevara hasta el otro lado de la laguna Estigia sin pagar; hechizó a Cerbero para que gañiera y le lamiera los pies; hechizó a las furias para que depusieran sus látigos, lo escucharan y cesaran todos los castigos; hechizó a la reina Perséfone para que le revelara la contraseña secreta de la fuente de la memoria; y hechizó incluso al rey Hades para que liberara a Eurídice y la dejara subir con él a la Tierra de nuevo. Hades impuso sólo una condición: que Orfeo no mirara hacia atrás hasta que Eurídice estuviera de vuelta y segura a la luz del Sol. Orfeo partió, cantando y tocando feliz. Eurídice lo seguía; pero, en el último momento, Orfeo temió que Hades estuviera engañándole, olvidó la condición y se giró ansiosamente para mirarla. Perdió a Eurídice para siempre.

Cuando Zeus nombró dios del Olimpo a su hijo Dionisos, Orfeo rechazó adorar al nuevo dios, a quién acusaba de dar mal ejemplo a los mortales con su comportamiento. Así que Dionisos, muy enfadado, ordenó que Orfeo fuese perseguido por una muchedumbre de ménades, seguidoras suyas. Estas atraparon a Orfeo sin su lira, lo decapitaron, le cortaron el cuerpo a trocitos y lanzaron éstos al río. Las nueve musas los recogieron tristemente y los enterraron al pie del monte Olimpo, donde los ruisseños, desde entonces, cantan con más dulzura que en ningún otro lugar. La cabeza de Orfeo rodó cantando por el río y acabó en el mar, donde unos pescadores la rescataron y la enterraron en la isla de Lemnos. Zeus, entonces, permitió que Apolo pusiera la lira de Orfeo en el cielo, para formar la constelación aún hoy llamada Lira.

El diluvio de Deucalión

VIII

En una ocasión, paseando por la Tierra disfrazado de viajero pobre, Zeus descubrió que el pueblo de Arcadia se estaba portando tan mal y con tanta crueldad, que decidió destruir a todos los mortales con un enorme diluvio. En aquellos momentos, Deucalión, rey de Ftía, estaba en el Cáucaso, tratando de ahuyentar el águila que le roía el hígado a su padre, Prometeo, pero el animal siempre volvía. Prometeo, que podía predecir el futuro, advirtió a su hijo del diluvio, así que Deucalión construyó un arca, la llenó con sus rebaños y demás posesiones, y se subió a bordo. Su esposa, Pirra, también se embarcó. Luego, el viento del sur comenzó a soplar; la lluvia cayó a cántaros; y los ríos se desbordaron, arrasando ciudades y templos, hasta ahogar casi todas las criaturas vivientes. Cuando el arca ya flotaba por encima de los árboles, el agua aún seguía creciendo. Al cabo de un tiempo, la lluvia cesó y el arca, después de balancearse durante nueve días, se posó en la cima del monte Otris, en Tesalia, cerca de Ftía. Deucalión y Pirra desembarcaron, sacrificaron un carnero a Zeus y, cuando el nivel del agua descendió un poco, encontraron un templo cubierto de algas y desperdicios, en el que oraron tristemente para que la humanidad fuese perdonada. Zeus escuchó sus plegarias y envió a Hermes para decirles:

—Todo irá bien. Cubrid la cabeza y lanzad los huesos de vuestra madre hacia atrás.

Dado que Deucalión y Pirra tenían madres distintas, ambas enterradas en cementerios sumergidos a gran profundidad, decidieron que *vuestra madre* significaba la madre Tierra y, cubriéndose las cabezas, lanzaron piedras a sus espaldas. Aquellas piedras, al tocar el suelo, se convirtieron en hombres y mujeres.

Otros mortales también pudieron salvarse del diluvio. Parnaso, hijo del dios Poseidón, se despertó a causa de unos aullidos de terror procedentes de unos lobos y siguió a estos animales hasta la cumbre del monte que ahora lleva su nombre. Por su parte, Meagro, hijo de Zeus, se despertó con los gritos de unas grullas y lo que hizo fue seguir a estas aves hasta la cumbre del monte Gerania. Ambos supervivientes también salvaron a sus familias.

Orión IX

Orión de Beocia, el hombre más guapo y el cazador más astuto que existía, se enamoró de Mérope, hija de Enopión, rey de Quíos.

—Te podrás casar con Mérope —dijo Enopión—, si me prometes matar a todos los animales salvajes de mi isla.

Orión comenzó su misión y cada tarde llevaba las pieles de los osos, leones, lobos, gatos monteses y zorros muertos al palacio de Mérope. Cuando consiguió limpiar Quíos de todos los animales salvajes mayores que un ratón o una comadreja, Orión «llamó a la puerta de Enopión y dijo:

—Ahora, deja que me case con tu hija.

—Todavía no —contestó Enopión—. Esta mañana, al amanecer, he oído aullidos de lobos, leones y osos rugiendo, zorros ladrando y gatos monteses maullando. Aún no has cumplido el cometido.

Orión entonces se emborrachó y esa misma noche irrumpió en el dormitorio de Mérope.

—Acompáñame al templo de Afrodita y cástate conmigo —le gritó.

Mérope chilló pidiendo ayuda y Enopión, temiendo resultar herido si intervenía, envió urgentemente a un grupo de sátiros para que le ofrecieran aún más vino a Orión.

—¡Brindemos por un feliz matrimonio! —gritaban los sátiros.

Orión lo agradeció, bebió más y finalmente cayó al suelo sin sentido. Fue entonces cuando apareció el cruel Enopión y le arrancó los ojos. Después, Orión, ya ciego, pudo oír el martillo de un cíclope a lo lejos y siguió aquel sonido hasta una fragua, lugar donde tomó al hijo del cíclope como guía hasta el Lejano Oriente, donde el Sol guardaba sus caballos junto a Océano, para su viaje diario cruzando el cielo. El Sol se compadeció de Orión y le devolvió la vista. Y Orión volvió a Quíos en busca de venganza. Enopión, advertido de su llegada, se escondió en una tumba y ordenó a sus sirvientes que dijeran que se había ido al extranjero; así que Orión se fue a Creta en su busca. La diosa Artemisa, que pasaba por allí, le dio la bienvenida a Orión.

—¿Por qué no salimos juntos a cazar? —propuso—. Así veremos quién consigue más cabras salvajes.

—Yo no soy rival para una diosa como tú —contestó Orión, con cortesía—, pero me encantaría verte disparar.

El dios Apolo, hermano de Artemisa, los oyó y murmuró indignado:

—Me parece que Artemisa se ha enamorado de este mortal. Debo poner fin a esto.

Envió entonces un gigantesco escorpión, más grande que un elefante, para que atacara a Orión. Éste disparó todas sus flechas al animal y después usó la espada; pero, al ver que no era capaz de matar a aquel monstruo, se lanzó al mar y se alejó nadando. Apolo, entonces, le preguntó a Artemisa, que acababa de llegar con un arco y unas flechas:

—¿Ves aquella cosa negra que sube y baja en el mar a lo lejos?

—Sí —contestó Artemisa.

—Es la cabeza de un miserable llamado Candaonte —dijo Apolo—. Ha insultado a una de tus sacerdotisas. ¡Mátalo!

Artemisa creyó a Apolo, apuntó con cuidado y disparó. Más tarde, cuando la diosa descubrió que había matado a Orión, convirtió a éste en una constelación, perseguida eternamente por un escorpión, para que todo el mundo recordase los celos y las mentiras de Apolo.

Asclepio X

Artemisa se vengo de la muerte de Orión matando a Corónide, una mujer de Tesalia con la que Apolo se había casado. Pero dejó con vida a su bebé. Apolo llamó al niño Asclepio y lo llevó al monte Pelión, donde Quirón, rey de los centauros, se hizo cargo de su educación.

Los centauros eran mitad hombres y mitad caballos, pero muy sabios. Su peor defecto era la costumbre de emborracharse en las bodas y romper todo el mobiliario. Quirón fue el tutor de algunos de los héroes más valientes de la Tierra, como Heracles y Jasón. A Asclepio le enseñó el tiro con arco, el alfabeto y astronomía, aunque lo vio más interesado por la medicina. Tras varios años en la escuela de Quirón, Asclepio se convirtió en el mejor médico de Grecia. No sólo curaba moribundos, sino que, en tres o cuatro ocasiones, resucitó incluso muertos, usando una planta mágica que le había descubierto una serpiente en una tumba.

El rey Hades se quejó de aquellas resurrecciones a Zeus:

—Uno de los hijos de Apolo me está quitando súbditos.

—Vamos, vamos —contestó Zeus—. Asclepio hace estas curaciones porque tiene buen corazón. ¿Qué tiene de malo? Además, todos sus pacientes se mueren tarde o temprano, así que, ¿por qué te preocupas?

—Estás equivocado —continuó Hades—. Hace sus curaciones por dinero. El otro día, resucitó al rey Licurgo, quien había sido descuartizado por unos caballos, por orden de tu hijo Dionisos. Como recordarás, Licurgo había derrotado al ejército de Dionisos cuando volvía triunfante de la India. La familia real pagó a Asclepio un cubo lleno de oro por sus servicios.

—¡Oh, entonces, de acuerdo! —gruñó Zeus.

Zeus entonces lanzó un rayo a Asclepio y lo mató, sólo para contentar a Dionisos. La muerte de Asclepio enojó a Apolo, que se vengó matando a todos los cíclopes, los cuales habían construido los muros del Olimpo y también habían forjado los rayos de Zeus.

Y Zeus castigó a Apolo, ordenándole que se convirtiera en un vulgar pastor durante un año y estuviera al servicio del rey Admeto de Feres, un simple mortal.

Las orejas del rey Midas

XI

Midas, rey de Macedonia y amante de los placeres, plantó el primer jardín de rosas del mundo, y se pasó la vida haciendo fiestas y escuchando música. Una mañana, sus jardineros se quejaron:

—Un viejo sátiro borracho se ha quedado enzarzado en tu mejor rosal.

—Traedme a ese miserable —dijo Midas.

Aquel sátiro resultó ser Sileno, que había ido y vuelto de la India como tutor de Dionisos. Sileno empezó a contar a Midas emocionantes historias sobre la India y acerca de un nuevo continente al otro lado del Atlántico, un lugar donde unos mortales, altos, felices y longevos, vivían en espléndidas ciudades. Una vez, estos gigantescos mortales navegaron hasta Europa en cientos de barcos, pero todo lo que allí vieron les pareció tan aburrido y feo que pronto regresaron a su casa.

Midas alojó a Sileno durante cinco días y cinco noches, escuchando sus historias, y luego lo devolvió sano y salvo a Dionisos. Agradecido, Dionisos prometió conceder a Midas cualquier deseo. Midas eligió tener el poder mágico de transformar en oro todo lo que tocara. Fue muy divertido al principio: convertir en oro las rosas o los ruiseñores. Pero luego, por error, convirtió a su propia hija en estatua y vio también cómo los alimentos que tomaba y el vino que bebía se volvían oro en su boca, así que casi se murió de hambre y sed. Dionisos se carcajeó de Midas, pero le permitió librarse del «toque áureo», lavándose en el río Pactolo de Frigia —cuya arena todavía brilla por el oro— y también resucitar a su hija. Además, le ayudó a convertirse en rey de Frigia.

Un día, Apolo pidió a Midas que fuese juez en un concurso musical entre él y un pastor frigio llamado Marsias. La historia provenía de lo siguiente: mientras la diosa Atenea, que había inventado la flauta doble, un instrumento hecho con huesos de ciervo, tocaba encantadoras melodías durante un banquete de los dioses del Olimpo, Hera y Afrodita empezaron a reírse. Atenea no sabía por qué, así que se fue a Frigia y tocó la flauta a solas, mirando su reflejo en un riachuelo del bosque. Cuando vio lo tonta que parecía con las mejillas hinchadas y la cara roja, tiró la flauta y maldijo a quien la recogiera. Marsias encontró la flauta y, cuando se la puso en los labios, surgieron unas melodías tan maravillosas que desafió a Apolo a celebrar un concurso.

Apolo ordenó a las musas y a Midas que fueran los jueces. Marsias tocó la flauta y Apolo, la lira. Los jueces no se pusieron de acuerdo sobre quién lo había hecho mejor. Entonces, Apolo le dijo a Marsias:

—En ese caso, te desafío a que toques tu instrumento boca abajo, como hago yo con el mío.

Diciendo esto, dio la vuelta a su lira y la tañó casi tan bien como antes. Como es evidente, Marsias no pudo hacer lo mismo con su flauta y las musas anunciaron:

—Ha ganado Apolo.

—No; ha sido una prueba injusta —dijo Midas.

Pero las musas votaron en su contra y el resultado fue de nueve a uno. Apolo entonces le dijo a Marsias:

—¡Debes morir, miserable mortal, por atreverte a desafiar al dios de la música!

Y, acto seguido, atravesó el corazón de Marsias, lo despellejó y le dio su piel a los sátiros para que hicieran tambores.

Luego, llamó asno a Midas y le tocó las orejas, que empezaron a crecer, largas y peludas, como las de ese animal. Midas se sonrojó, se cubrió sus orejas con un gorro frigio alto y pidió a las musas que no hablaran de ello. Por desgracia, el barbero de Midas tuvo que saberlo, porque los

frigios llevaban el pelo muy corto. Pero Midas amenazó con matarlo si se lo contaba a cualquier ser vivo. El barbero, a punto de explotar por no poder compartir el secreto, cavó un agujero en la orilla del río Pactolo, miró con cuidado a su alrededor por temor a que hubiera alguien escuchando y susurró dentro del agujero:

—El rey Midas tiene orejas de asno.

Luego, tapó el agujero enseguida para enterrar el secreto y se fue contento. Pero un junco surgió del agujero y susurró a los otros juncos:

—El rey Midas tiene orejas de asno, ¡el rey Midas tiene orejas de asno!

Muy pronto, los pájaros supieron la noticia y se la comunicaron a un hombre llamado Melampo, que conocía su idioma. Melampo se lo dijo a sus amigos y, al final, Midas, que iba montado en su carro, oyó que todo su pueblo gritaba a coro:

—¡Quítate ese gorro, rey Midas! ¡Queremos ver tus orejas!

Midas decapitó al barbero y después se suicidó por vergüenza.

Melampo y Fílaco XII

Un día, Melampo de Pilos ordenó a sus sirvientes que no mataran una nidada de serpientes cuya madre había sido atropellada por un carro. En agradecimiento, las pequeñas serpientes reptaron hasta su cama mientras dormía y le lamieron las orejas con sus lenguas bífidas. Cuando Melampo despertó, se dio cuenta que podía entender el lenguaje de los pájaros y los insectos. Aunque se sintió defraudado al descubrir lo tontas que eran la mayoría de aquellas conversaciones, a veces se enteraba de secretos muy interesantes.

Biante, el hermano gemelo de Melampo, quería casarse con su prima Pero. Sin embargo, el padre de Pero no daría su aprobación, a menos que Biante le prometiera conseguirle un espléndido rebaño de vacas que pertenecía a un vecino viejo y antipático. Este vecino, que se llamaba Fílaco, rechazó vender cualquiera que fuera la oferta, así que Biante casi se murió del disgusto. Melampo, no obstante, oyó charlar a dos grullas, mientras cazaban ranas en un estanque cercano a su casa. Una dijo:

—¡Qué pena lo de Biante y esas vacas!, ¿no?

—Sí —contestó la otra—. Pero resulta que sé que cualquiera que intente robar las vacas, excepto Biante, irá a prisión durante un año exacto y, luego, será ofrecido a las vacas en sacrificio. Si el que lo intenta sin embargo es Biante, Fílaco lo matará. ¡Oh, qué rana más hermosa!

Para ayudar a Biante, Melampo robó las vacas y fue capturado por Fílaco, que lo encerró en su prisión particular.

Diez noches antes del final de la condena, Melampo oyó hablar a dos carcomas que estaban en una viga sobre su cabeza. Una de ellas afirmó que si seguían comiendo madera durante toda la noche, la viga se rompería al amanecer. Melampo golpeó la puerta de su celda y pidió que lo encerraran en otra.

—¿Por qué? —preguntó Fílaco.

—Porque esta viga se romperá al amanecer. Si me mata, los dioses te castigarán por no haber hecho lo que te digo.

—¡Lo que dices es absurdo!

—No; es la verdad.

Poco antes del amanecer, Fílaco pensó que sería mejor que pusiera a Melampo en otra celda. Lo hizo y, luego, mandó a una esclava a recoger la cama de Melampo. Cuando la esclava empezaba

a arrastrar la cama, la viga se desplomó y la mató.

Fílaco estaba anonadado.

—Parece que eres un profeta, mi señor Melampo —dijo—. Quizá puedas ayudarme. Mi hijo es paralítico desde pequeño. Si me dices cómo puedo curarlo, te prometo que te daré mi magnífico rebaño de vacas y, además, te devolveré la libertad.

Melampo sacrificó un toro a Apolo, dejando sus entrañas al lado del altar para que se las comieran los buitres. Éstos, como las grullas, son aves proféticas y pronto aparecieron. Melampo oyó que uno, mientras desgarraba la carroña con su pico en forma de gancho, decía:

—Es la primera vez que como aquí desde hace diez años, cuando Fílaco sacrificó un carnero a Zeus. Recuerdo que su hijo pequeño lloraba asustado viendo cómo su padre sacaba el cuchillo y mataba al carnero. Fílaco fue a consolar al niño, pero antes, para no herirlo, clavó el cuchillo en aquel peral y, después, olvidó desclavarlo. Aquello enojó a la diosa Hera, para quien los perales son sagrados y, como castigo, convirtió en paralítico al chico. Mira, el cuchillo sigue donde Fílaco lo dejó, casi cubierto por la maleza.

El otro buitre, con la boca llena, contestó:

—Si Fílaco fuera lo bastante listo como para desclavar el cuchillo, quitarle la herrumbre, mezclarla con agua y dársela de beber a su hijo, mañana y noche, durante diez días, el chico se curaría totalmente de su parálisis.

Melampo comunicó las palabras del buitre a Fílaco, que sacrificó un cordero, pidiendo perdón a Hera en voz alta; y, en diez días, Fílaco curó a su hijo con el agua herrumbrosa.

Fílaco le dio las vacas a Melampo. Y éste se las dio a Biante. Y éste se las dio al padre de Pero. Y éste le dio su hija a Biante, que se lo agradeció a Melampo y, a partir de entonces, fue considerado el mejor de los hermanos. Y, por una vez, todo acabó bien.

Europa y Cadmo XIII

El egipcio Agenor se instaló en Palestina, mucho antes de los tiempos de Moisés, y tuvo cinco hijos y una hija, llamada Europa. Un bonito día, mientras miraba hacia abajo desde el Olimpo, Zeus se enamoró de aquella muchacha. El dios, entonces, se disfrazó de toro blanco y se puso a trotar a la orilla del mar, cerca de la ciudad de Agenor, Tiro. El toro parecía tan manso que Europa se acercó para acariciarlo. Tras aquel gesto, Europa recogió un cesto de flores, se las puso alrededor de los cuernos, le besó el hocico, se montó en su fuerte lomo y paseó sobre el toro por la orilla. De repente, sin embargo, el toro se tiró al agua y se alejó nadando con Europa encima. Al ser una nadadora muy mala, la chica tuvo miedo de soltarse de los cuernos. Las damas de honor de Europa vieron, sin poder hacer nada, cómo su amada princesa desaparecía en el horizonte.

Agenor ordenó entonces a sus cinco hijos que fueran en busca de Europa y que no volvieran sin ella. Pero ninguno de ellos tuvo éxito, porque Zeus había lanzado una maldición sobre cualquier dios o mortal que revelara que él, adoptando la forma de un toro blanco, había nadado hasta Creta y que allí se había casado con Europa. El hijo mayor de Agenor, Fineo, se fue hasta las orillas del mar Negro, donde abandonó la búsqueda y construyó su casa cerca del Bósforo. Cílix, el siguiente hijo, se instaló en Cilicia (llamada así desde entonces en su honor) y se convirtió en pirata. Taso llegó hasta la isla homónima y se hizo buscador de oro. Fénix fundó ciudades en África y, a la muerte de Agenor, regresó a Palestina, parte de la cual se llama Fenicia en su honor. Cadmo, el más joven de los cinco, viajó a Grecia y preguntó en el oráculo de Apolo, en Delfos, por el lugar donde se encontraba Europa. Las sacerdotisas de Apolo contestaron:

—No seas tonto, Cadmo, y abandona la búsqueda. Lo que debes hacer, en cambio, es seguir a una vaca con una grande y blanca luna llena en cada anca. Allí donde se tumbe, sacrifícala a Atenea y construye una ciudad.

Cadmo vio enseguida una vaca con esa descripción. Y él y sus compañeros la siguieron hasta Beocia, donde se tumbó. Entonces, Cadmo dijo:

—Debemos rociarla con agua sagrada para el sacrificio. Recoged el líquido de ese manantial con los cascotes.

Aquel manantial pertenecía a Ares, dios de la guerra, que había puesto a un enorme dragón para custodiarlo. Aquella bestia mató a los hombres de Cadmo, así que él mismo tuvo que acercarse al manantial y aplastar la cabeza del dragón con una roca. Atenea, que olió el apetitoso aroma de la vaca asada, voló desde el Olimpo, le dio las gracias a Cadmo y dijo:

—Arráncale todos los dientes al dragón y siébralos como si fueran semillas.

Cadmo obedeció y, con gran sorpresa, vio que de las semillas surgían hombres armados.

—Ahora, tírales una piedra —ordenó Atenea.

Cadmo volvió a obedecer y luego se escondió tras una roca. De inmediato, los hombres armados empezaron a acusarse los unos a los otros de haber lanzado la piedra y comenzaron a pelear. Al final, sólo quedaron cinco hombres, todos malheridos. Cadmo les vendó las heridas y cuidó de ellos hasta que se recuperaron. En agradecimiento, aquellos hombres juraron obedecer a Cadmo en la paz y en la guerra. Cadmo, después, les ordenó que construyeran la famosa ciudad de Tebas.

Cuando Ares se quejó de que su dragón había sido asesinado cruelmente, el consejo de los dioses del Olimpo sentenció a Cadmo a ser siervo de Ares durante noventa y nueve meses. Al final, después de ayudar a Ares en varias guerras, Cadmo fue liberado y gobernó Tebas en paz.

Entretanto, Europa concibió de su unión con Zeus a Minos y Radamantis, futuros jueces de los muertos. Y también dio su nombre a un continente.

Dédalo XIV

Dédalo, el ateniense, un herrero de talento extraordinario al que habían enseñado Atenea y Hefesto, tenía envidia de su sobrino Talo, así que lo mató.

Talo, aunque sólo tenía doce años, había inventado la sierra, herramienta que hizo de bronce, copiando los dientes de una serpiente. Para escapar de la horca, Dédalo huyó hasta Creta, donde el rey Minos, hijo de Europa, le dio la bienvenida. Dédalo, que se casó con una chica cretense con la que tuvo un hijo llamado Ícaro, fabricó para Minos todo tipo de estatuas, muebles, máquinas, armas, corazas y juguetes para los niños de palacio. Pasados algunos años, Dédalo solicitó un mes de vacaciones a Minos y éste le contestó: «¡Por supuesto que no!», así que entonces Dédalo decidió escapar.

Vio que era inútil robar una barca para huir, porque los rápidos buques de Minos lo atraparían enseguida, así que construyó, para él y para Ícaro, dos pares de alas, para atárselas a los brazos. Sujetó las plumas grandes a un armazón y pegó las pequeñas con cera de abeja. Después de colocarle las alas a Ícaro, Dédalo le advirtió:

—Ten cuidado de no volar demasiado bajo, porque te mojarías con el mar; y tampoco debes hacerlo muy alto, pues te acercarías excesivamente al Sol.

Dédalo despegó e Ícaro lo siguió; pero, al poco rato, Ícaro se elevó tan cerca del Sol que la cera se derritió y las plumas se despegaron, Ícaro perdió altura, cayó al mar y se ahogó.

Dédalo enterró el cuerpo de su hijo en una pequeña isla, llamada más tarde Icaria, donde el mar lo había dejado. Después, muy triste, voló hasta la corte del rey Cócalo, en Sicilia. Allí, pidió a los sicilianos que no revelaran su escondite, puesto que Minos lo perseguía en barco. Mientras, el astuto Minos elaboró un plan: cogió una gran concha de tritón y ofreció una bolsa de oro como recompensa a quien pudiera pasar un hilo de lino a lo largo de todo el tubo espiral de la caracola, hasta que saliera por el pequeño agujero de la punta. Cuando llegó a palacio, Cócalo, ansioso por ganar la recompensa, entregó la concha a Dédalo y le pidió que resolviera el problema.

—Es fácil —dijo Dédalo—. Ata un hilo de tela de araña a la pata trasera de una hormiga; pon la hormiga dentro de la concha, y unta con miel el agujero de la punta. La hormiga olerá la miel y avanzará por la espiral para buscarla. En cuanto aparezca, la coges, atas un cabello de mujer en el extremo del hilo de araña y tiras de él con cuidado. Después, ata el hilo de lino en la punta del cabello y tira también de él.

Cócalo siguió su consejo y, después, visitó a Minos.

Minos, al ver la concha con el hilo en su interior, le dio el oro y le dijo muy serio:

—Sólo Dédalo puede haber pensado en esto. Quemaré tu palacio si no me lo entregas.

Cócalo le prometió hacerlo e invitó a Minos a tomar un baño caliente en la nueva sala de baños construida por Dédalo. No obstante, las hijas de Cócalo, para salvar a su amigo Dédalo —que les había regalado unas bonitas muñecas, con brazos y piernas móviles—, vertieron agua hirviendo por la tubería de la sala de baños y escaldaron a Minos hasta su muerte. Cócalo afirmó que Minos había muerto por accidente, al resbalar y caer en la bañera, antes de que pudieran añadir el agua fría. Y, por suerte, los cretenses creyeron su historia.

Belerofonte XV

Belerofonte de Corinto, que estaba prometido con la princesa Etra, mató a un hombre por accidente, durante una competición de tiro con dardos, por lo que tuvo que abandonar el país. Huyó a la ciudad de Tirinto y allí el rey le consideró su invitado. Pero la reina, que se enamoró de Belerofonte, lo abrazó en las escaleras y le dijo:

—¡Querido, huyamos juntos!

—¡Por supuesto que no! —exclamó Belerofonte—. Estás casada y el rey ha sido muy amable conmigo.

La reina, entonces, se fue a ver al rey y le susurró al oído, con rencor:

—Ese sinvergüenza de Belerofonte acaba de pedirme que huya con él. ¿Has visto nunca tal desvergüenza?

El rey se creyó la historia, pero temía ofender a las furias si mataba a su invitado. En lugar de eso, escribió una carta a su suegro Yóbates, rey de Licia, en Asia Menor, y envió a Belerofonte, acompañado de la misiva, al otro lado del mar. La nota, que estaba sellada, decía: «Por favor, decapita al portador de la presente. Ha sido muy grosero con la reina, tu hija».

El rey Yóbates temió ofender a Hermes, dios de los viajeros y mensajeros, si decapitaba a Belerofonte. Y, en lugar de eso, le pidió a éste que matara a Quimera, una cabra con cabeza de león y cola de serpiente que escupía fuego y que guardaba el palacio del rey de Caria, enemigo de Yóbates.

Belerofonte prometió hacer lo que pudiera. Rezó a la diosa Atenea y ésta le aconsejó que primero domara a un caballo alado salvaje llamado Pegaso, que vivía en el monte Helicón y que las musas alimentaban en invierno, cuando la nieve cubría la hierba. Belerofonte sabía que Pegaso volaba a menudo hacia el sur, hasta el istmo de Corinto, y lo había visto una o dos veces bebiendo allí en su manantial favorito. Así que Belerofonte volvió a Corinto en secreto, con miedo a ser arrestado por asesinato, y rezó a Atenea otra vez. La diosa entonces le dio unas bridas doradas y con ella, Belerofonte esperó toda la noche detrás de una roca cercana al manantial. Al amanecer, por suerte, Pegaso llegó a beber. Y, rápidamente, Belerofonte pasó las bridas por la cabeza del caballo y lo domó tras una lucha feroz.

En ese momento, los enemigos de Belerofonte llegaron para arrestarlo, pero él montó a Pegaso y voló hacia Caria. Una vez allí, dio vueltas sobre el palacio, hasta que vio a Quimera escupir fuego en un campo. Fue entonces cuando le lanzó una lluvia de flechas. Pero Belerofonte no pudo matar al monstruo hasta que no clavó un trozo de plomo en la punta de una lanza y lo introdujo en las fauces abiertas de Quimera. El aliento abrasador de la bestia hizo que el plomo se derritiera, le bajase por la garganta y le agujerease el estómago. Así fue la muerte de Quimera.

Más tarde, Yóbates encargó a Belerofonte otras tareas importantes. Belerofonte se comportaba siempre con tanta valentía y modestia que, finalmente, Yóbates le enseñó la carta de Tirinto y le dijo:

—Dime, ¿es cierto eso?

Cuando Belerofonte le explicó lo que había ocurrido en realidad, Yóbates gritó:

—¡Claro! Mi hija mayor siempre fue una mentirosa y te pido perdón por haberme creído esa historia.

Entonces, Yóbates casó a su buena y hermosa hija pequeña con Belerofonte y, en su testamento, dejó a Belerofonte el trono de Licia.

Pero, a partir de entonces, Belerofonte se volvió muy orgulloso. Cometió la estupidez de intentar visitar a los dioses del Olimpo en su palacio, sin haber sido invitado; y se paseaba por el aire montado en Pegaso, y vestido con túnicas y con la corona puesta. Un día, Zeus, que lo vio desde lejos, gritó:

—¡Maldigo a este desvergonzado mortal! Hera, querida, envía un tábano para que pique a Pegaso debajo de la cola.

Hera lo hizo. Y Pegaso se encabritó, haciendo caer a Belerofonte desde casi mil metros de altura, que se estrelló contra la ladera de un valle, donde rodó hasta meterse dentro de una zarza. Después de aquello, el destino de Belerofonte fue vagar por la Tierra bajo la maldición de Zeus: cojo, pobre y abandonado por sus amigos. Pegaso, por su lado, fue recogido por Zeus, que lo utilizó como animal de carga para transportar sus rayos.

Teseo XVI

Durante una visita a Corinto, el rey Egeo de Atenas se casó en secreto con la princesa Etra. Ésta se había cansado de esperar que Belerofonte, con quien debía contraer matrimonio, volviera de Lidia. Tras unos días felices con Etra, Egeo le dijo:

—Me temo que tengo que irme, querida. Si tuvieras un hijo, lo más seguro para él sería que atribuyeras su paternidad al dios Poseidón. Mi sobrino mayor te mataría, si supiera lo de nuestra boda, porque espera ser el siguiente rey de Atenas. ¡Adiós!

Egeo no regresó nunca.

Etra tuvo un hijo al que llamó Teseo y, el día que éste cumplía catorce años, le preguntó:

—¿Puedes mover esa enorme roca?

Teseo, un muchacho con una fuerza enorme, levantó la gran piedra y la lanzó lejos. Escondidas bajo la roca, encontró una espada con una serpiente dorada grabada en la hoja y un par de sandalias.

—Esto lo dejó aquí tu padre —dijo Etra—. Es Egeo, rey de Atenas. Llévaselo y dile que lo encontraste bajo esta roca. Pero, ten cuidado: no digas nada a sus sobrinos, porque se enfurecerían si descubrieran que tú eres el auténtico heredero del trono de Atenas. Es por ellos que durante todos estos años he dicho que tu padre era Poseidón y no Egeo.

Teseo viajó a Atenas por el camino de la costa. Primero, se encontró con un gigante llamado Sinis, que tenía la horrible costumbre de doblar dos pinos, el uno hacia el otro, atar algún pobre viajero por los brazos a las copas de los mismos y, de repente, soltarlos. Los árboles se enderezaban partiendo al viajero en dos. Teseo luchó contra Sinis, lo dejó sin sentido e hizo con él lo que él hacía con los demás.

Después, Teseo se enfrentó y mató a una monstruosa cerda salvaje, una bestia que tenía unos colmillos muy grandes y más afilados que una hoz. Más tarde, combatió con Procrustes, un malvado posadero que vivía junto al camino y que sólo tenía una cama en su posada. Si el viajero era demasiado bajo para la cama, Procrustes lo alargaba con un instrumento de tortura llamado «potro»; si era demasiado alto, le cortaba los pies, y si tenía la altura adecuada, lo asfixiaba con una manta. Teseo derrotó a Procrustes, lo ató a la cama y le cortó los dos pies. Pero vio que aún era demasiado alto, así que también le cortó la cabeza. Luego, envolvió el cadáver con una manta y lo arrojó al mar.

El rey Egeo se había casado de nuevo, recientemente, con una bruja llamada Medea. Teseo desconocía este matrimonio, pero cuando llegó a Atenas, Medea, con su poder mágico, supo quién

era él y decidió envenenarle, poniendo matalobos en su copa de vino. Medea quería que el siguiente monarca fuera uno de sus hijos. Por suerte, cuando Egeo vio la figura de la serpiente en la espada de Teseo, supuso que el vino estaba envenenado y rápidamente tiró la copa que Medea tenía en la mano y que, en ese momento, ofrecía a Teseo. El veneno hizo un gran agujero en el suelo y Medea escapó en una nube mágica. Luego, Egeo mandó un carruaje a Corinto para recoger a Etra y anunció:

—Teseo es mi hijo y heredero.

Al día siguiente, cuando Teseo se dirigía al templo, los sobrinos de Egeo le tendieron una emboscada, pero Teseo luchó y los mató a todos.

Varios años antes, el hijo del rey Minos, Androgeo de Creta, estuvo en Atenas y ganó todas las competiciones de los juegos atléticos: carreras, saltos, boxeo, lucha y lanzamiento de disco. Los sobrinos de Egeo, celosos, lo acusaron de conspirar para hacerse con el trono y lo asesinaron. Cuando Minos protestó ante los dioses del Olimpo, éstos ordenaron a Egeo que, cada nueve años, enviara a siete chicos y siete chicas de Atenas, para que fueran devorados por Minotauro de Creta. Minotauro era un monstruo —medio toro y medio hombre— que Minos guardaba en el centro del laberinto que Dédalo había construido para él. Minotauro conocía todos los rincones y curvas del laberinto, y conducía a sus víctimas hasta un pasillo sin salida, donde las tenía a su merced.

Los atenienses, enojados con Teseo por haber matado a sus primos, lo eligieron como uno de los siete chicos que enviaban al sacrificio ese año. Teseo lo agradeció, diciendo que estaba contento de tener la oportunidad de librar a su país de aquel espantoso tributo. El barco en el que viajaban las víctimas del sacrificio estaba aparejado con velas negras, de luto, pero Teseo se llevó también unas velas blancas.

—Si mato a Minotauro, izaré estas velas blancas. Si Minotauro me mata a mí, seguirán puestas las negras.

Teseo rezó a la diosa Afrodita. Y ella lo escuchó y le ordenó a su hijo Eros hacer que Ariadna, la hija de Minos, se enamorara de Teseo. Aquella misma noche, Ariadna fue a la prisión donde estaba Teseo, drogó a los guardias, abrió la puerta de su celda con una llave robada del cinturón de Minos y le preguntó a Teseo:

—Si te ayudo a matar a Minotauro, ¿te casarás conmigo?

—Encantado —contestó él, besándole la mano.

Ariadna guió a Teseo y a sus acompañantes hasta la salida de la prisión. Luego, les enseñó un ovillo mágico que le había entregado Dédalo antes de abandonar Creta. Lo que tenían que hacer era atar el cabo suelto del ovillo a la puerta del laberinto y éste rodaría mágicamente por los caminos enrevesados, hasta llegar al claro que había en el centro.

—Minotauro vive allí —dijo Ariadna—. Duerme exactamente una hora de cada veinticuatro, a medianoche, y muy profundamente.

Los seis compañeros de Teseo vigilaban la entrada, mientras Ariadna ataba el hilo a la puerta del laberinto. Teseo entró, pasó la mano a lo largo del hilo en la oscuridad y llegó, poco después de la medianoche, hasta donde dormía Minotauro. Luego, cuando salió la luna, le cortó la cabeza al monstruo con una espada de hoja afilada que le había prestado Ariadna. Después, siguió el hilo en sentido contrario hasta la entrada, donde sus amigos lo esperaban ansiosos. Mientras tanto, Ariadna había liberado también a las siete chicas y, después, fueron todos juntos hacia el puerto. Teseo y sus amigos agujerearon los cascos de los barcos de Minos; luego, subieron a bordo del suyo y partieron rumbo a Atenas. Los barcos cretenses que intentaron perseguirles pronto se llenaron de agua y se hundieron. Así que Teseo huyó sano y salvo, con la cabeza de Minotauro y con Ariadna.

Poco después, Teseo atracó su barco en la isla de Naxos porque necesitaban alimentos y agua. Mientras Ariadna descansaba tumbada en la playa, el dios Dionisos se le apareció de repente a Teseo:

—Quiero casarme con esta mujer —dijo—. Si te la llevas lejos de mí, destruiré Atenas, haciendo que todos sus habitantes se vuelvan locos.

Teseo no se atrevió a ofender a Dionisos y, como además tampoco estaba muy enamorado de Ariadna, la dejó dormida y se marchó. Ariadna se enfureció al despertar y verse abandonada,

pero Dionisos apareció pronto, se presentó y le ofreció una gran copa de vino. Ariadna se la bebió entera, se encontró mejor enseguida y decidió que era mucho más glorioso casarse con un dios que hacerlo con un mortal. El regalo de boda de Dionisos fue la espléndida diadema de piedras preciosas que hoy es la constelación de la Corona Boreal. Ariadna tuvo varios hijos con Dionisos y finalmente volvió a Creta como reina.

A su regreso, Teseo, a causa de los nervios, olvidó cambiar las velas, y el rey Egeo, que observaba ansioso la vuelta de las naves desde un acantilado cercano a Atenas, vio aparecer las velas negras en lugar de las blancas. Vencido por el dolor, saltó al mar y se ahogó. Teseo, entonces, se convirtió en el rey de Atenas e hizo las paces con los cretenses.

Unos años después, las amazonas, una fiera raza de mujeres guerreras de Asia, invadieron Grecia y atacaron Atenas. Gracias a los consejos de la diosa Atenea, Teseo consiguió derrotarlas; pero, desde entonces, alardeó siempre de su coraje.

Un día, su amigo Pirítoo le dijo:

—Estoy enamorado de una hermosa mujer. ¿Me ayudarás a casarme con ella?

—Por supuesto —contestó Teseo—. ¿No soy el rey más valiente que existe? ¡Mira lo que les hice a las amazonas! ¡Mira lo que le hice a Minotauro! ¿Quién es esa mujer?

—Perséfone, la hija de Deméter —contestó Pirítoo.

—¿En serio? ¡Pero si Perséfone ya está casada con el rey Hades, dios de la muerte!

—Lo sé, pero ella odia a Hades y quiere tener hijos. Y no puede tenerlos con el dios de la muerte.

—Parece una aventura bastante arriesgada —consideró Teseo, poniéndose pálido.

—¿No eres el rey más valiente que existe?

—Lo soy.

—¡Entonces, vamos!

Cogieron sus espadas y, por la puerta lateral, descendieron hasta el Tártaro. Allí, le dieron al can Cerbero tres pasteles con jugo de amapola para adormilarlo. Luego, Pirítoo golpeó con los nudillos la puerta del palacio de Hades y entraron.

Hades preguntó sorprendido:

—¿Quiénes sois, mortales, y qué queréis?

—Yo soy Teseo, el rey más valiente que existe. Éste es mi amigo Pirítoo, que cree que la reina Perséfone es demasiado buena para ti. Y quiere casarse con ella —le dijo Teseo.

Hades sonrió. Nadie lo había visto sonreír jamás.

—Bueno —contestó—. Es cierto que Perséfone no es completamente feliz conmigo. Quizá podría dejarla marchar, si me prometes tratarla bien. ¿Por qué no hablamos de ello más tranquilamente? Por favor, tomad asiento en ese cómodo banco.

Teseo y Pirítoo se sentaron, pero el banco que les había ofrecido Hades era mágico. Y se quedaron pegados a él, de forma que no podrían escapar jamás sin arrancarse una parte de sí mismos. Hades miraba, soltando grandes risotadas, mientras los dos amigos eran azotados por las furias, picados por unas serpientes con manchas fantasmagóricas, y los dedos de sus manos y sus pies eran mordidos por Cerbero, que salía de su estupor.

—¡Pobres estúpidos —dijo Hades, riéndose entre dientes—, os quedaréis aquí para siempre!

Sísifo XVII

Sísifo, rey de Corinto, que construyó la primera flota de los corintios, poseía un gran rebaño. Su vecino Autólico tenía otro más pequeño.

Autólico se había portado bien con Maya, antes de nacer Hermes, ocultándola en su casa cuando la celosa diosa Hera quería matarla. Hermes, agradecido, le dio a Autólico el poder mágico de convertir a los toros en vacas y de cambiar el color de blanco a rojo, o de negro a moteado. Autólico, que era un ladrón muy listo, a menudo robaba el ganado de Sísifo en los pastos cercanos a su propiedad y convertía los toros blancos en vacas rojas, y los toros negros en moteados. Sísifo se dio cuenta de que su rebaño menguaba y que el de Autólico era cada día más numeroso. Sospechaba de Autólico, pero nunca podía probar que fuera el ladrón. Por fin, se le ocurrió la idea de marcar las pezuñas de los animales que le quedaban con las letras SIS (abreviatura de Sísifo). Cuando desaparecieron más animales, Sísifo envió a sus soldados al campo donde estaba el rebaño de Autólico y les ordenó que examinaran las pezuñas de todas las reses: encontraron cinco animales marcados con las letras SIS.

—Yo no los he robado —afirmó Autólico—. Son míos. ¿Desde cuándo tiene Sísifo algún animal de este color? Sísifo debe de haber entrado en mis pastos y marcado las pezuñas.

Todo el mundo discutía y gritaba. Mientras tanto, Sísifo se vengó. Entró en la casa de Autólico y se fugó con su hija, con quien tuvo a Odiseo, el más listo de los griegos que lucharon en Troya.

Un día, el dios-río Asopo se apareció ante Sísifo y le dijo:

—Tienes la mala fama de fugarte con las hijas de los demás. ¿Te has llevado a la mía?

—No —contestó Sísifo—. Pero sé donde está.

—¡Dímelo!

—Primero, haz que nazca un manantial en la colina donde estoy construyendo mi nueva ciudad.

Asopo golpeó el suelo con una vara mágica e hizo brotar el manantial, al lado del cual Belerofonte capturaría a Pegaso.

Sísifo dijo entonces:

—Zeus se ha enamorado de tu hija. Están caminando cogidos de la mano por el bosque de aquel valle.

Asopo, muy enfadado, fue en busca de Zeus, que había dejado sus rayos descuidadamente colgados de un árbol. Cuando Asopo corrió hacia él con su vara, Zeus escapó y se disfrazó de roca. Asopo pasó de largo y Zeus volvió a su forma verdadera, recogió sus rayos y le lanzó uno a Asopo, que desde entonces cojearía de su pierna herida.

Zeus ordenó a su hermano Hades que arrestara a Sísifo y que lo castigara con gran severidad por haberle revelado a Asopo un secreto divino.

Hades entonces fue a ver a Sísifo.

—Ven conmigo —le dijo.

—Por supuesto que no. El dios que viene a buscar a los espíritus es Hermes, no tú. Además, yo no voy a morir todavía. ¿Qué llevas en esa bolsa?

—Esposas, para evitar que te escapes.

—¿Qué son esposas?

—Unos brazaletes de acero, encadenados entre sí. Los inventó Hefesto.

—Enséñame cómo funcionan.

Hades se puso las esposas a sí mismo y Sísifo las cerró con rapidez. Luego, desencadenó a su perro y puso el collar de éste alrededor del cuello de Hades.

—Ahora, te tengo asegurado, rey Hades —rió.

Pese a que Hades rabió y lloró, Sísifo lo mantuvo encadenado a la caseta del perro durante un mes. Nadie pudo morirse mientras Hades estuvo preso. Pero cuando Ares, dios de la guerra, descubrió que las batallas se habían convertido en luchas fingidas porque nadie moría, fue a ver a Sísifo y lo amenazó con estrangularlo.

—Es inútil tratar de matarme —dijo Sísifo—. Tengo al rey Hades encadenado en la caseta del perro.

—Lo sé, pero puedo apretarte la garganta hasta que la cara se te ponga negra y la lengua te cuelgue. No te gustaría nada. También puedo cortarte la cabeza y esconderla. ¡Libera al rey Hades ahora mismo!

Rezongando, Sísifo hizo lo que le ordenaba Ares. Luego, se fue con él al Tártaro y le dijo a la reina Perséfone:

—No puedo aceptar que me traigan aquí de esta forma. Ni siquiera me han enterrado como es debido. El rey Hades debería haberme dejado al otro lado de la laguna Estigia, donde los jueces no pueden castigarme.

—Muy bien —contestó Perséfone—. Puedes volver a subir y arreglarlo todo para ser enterrado con un óbolo debajo de la lengua, pero vuelve mañana sin falta.

Sísifo se fue a casa riendo. Llegó el día siguiente y Sísifo no regresó, así que Hades envió a Hermes para buscarlo.

—¿Por qué? —preguntó Sísifo—, ¿acaso las parcas han cortado el hilo de mi vida?

—Sí —respondió Hermes—. Vi cómo lo hacían. No tenías que haber revelado el secreto de Zeus a Asopo.

Sísifo suspiró.

—De todas formas, le obligué a que hiciera aparecer un magnífico manantial de agua para Corinto.

—Ven, sígueme, y basta de trucos, por favor.

La roca que los jueces de los muertos obligaron a Sísifo a empujar hasta la cima de la colina en el Tártaro era exactamente igual a la roca en que Zeus se había convertido cuando se escondía de Asopo.

De todas formas, los corintios amaban a Sísifo, por todo lo que había hecho por ellos, y siguieron celebrando una fiesta anual en su honor.

Los trabajos de Heracles XVIII

Heracles, a quien los romanos llamarían Hércules, era hijo de Zeus y de Alcmena, una princesa de Tebas. Hera, enojada porque Zeus había llevado a cabo otro de sus casamientos con mujeres mortales, envió dos horribles serpientes para que mataran a Heracles cuando aún era un bebé. Heracles y su hermano gemelo Ificles dormían en un escudo que les servía de cuna, cuando las serpientes reptaron hacia ellos. Ificles gritó y rodó fuera del escudo. Pero Heracles, un niño inmensamente fuerte, cogió las serpientes por el cuello, una en cada mano, y las estranguló.

Cuando era un muchacho, Heracles se interesaba más por la lucha que por la lectura, la escritura o la música. También prefería la carne asada y el pan de cebada a los pasteles de miel o de

frutas. Pronto, se convirtió en el mejor arquero, el mejor luchador y el mejor boxeador que existía. Cuando Lino, su profesor de música, le pegó por no prestar atención a las escalas, Heracles le golpeó con una lira hasta matarlo. Acusado de asesinato, Heracles dijo sencillamente:

—Lino me pegó primero. Sólo me defendí.

Y los jueces lo absolvieron.

Euristeo, el gran rey de Grecia, quería desterrar a Anfitríon, rey de Tebas y, ahora, padrastro de Heracles. Pero éste, noblemente, se ofreció a Euristeo para ser su esclavo durante noventa y nueve meses, si permitía que Anfitríon se quedase y conservara el trono. Hera advirtió a Euristeo:

—Acepta, pero encarga a Heracles los diez trabajos más peligrosos que puedas elegir, y que los cumpla todos dentro de los noventa y nueve meses. Lo quiero muerto.

El primer trabajo que Euristeo ordenó a Heracles fue matar al león de Nemea, una enorme bestia, cuya piel era resistente a la piedra, al cobre y al hierro. Aquel monstruo vivía en una cueva en las montañas. Primero, Heracles le lanzó flechas, pero éstas rebotaron sin hacerle daño. Luego, cogió su gran maza de madera de olivo y le golpeó en la cabeza, pero lo que se rompió fue el arma. El león sólo movió su cabeza, porque había oído un ligero ruido, bostezó y volvió a su gruta. Esta cueva tenía dos entradas. Heracles tapó la más pequeña con una red de bronce, entró por la grande y cogió al león por la garganta. Aunque el animal le arrancó el dedo corazón de la mano izquierda de un mordisco, Heracles consiguió meter la cabeza del león bajo el brazo derecho y aplastarla hasta que la bestia murió. Heracles despellejó al león usando una de las garras del mismo animal como cuchillo y luego se cubrió con la piel. Después, se fabricó una nueva maza de madera de olivo y se presentó ante Euristeo.

El segundo trabajo era mucho más peligroso: matar a la monstruosa hidra de los pantanos de Lerna. Esta bestia tenía el cuerpo grande, como el de un perro, y ocho cabezas de serpiente con largos cuellos. Heracles le disparó flechas ardiendo cuando salía de su agujero bajo las arenas de un pantano. Luego, corrió hacia ella y le golpeó las ocho cabezas. Pero conforme las aplastaba, iban apareciendo otras en su lugar. Un escorpión, enviado por Hera, se le acercó rápidamente y le mordió el pie: Heracles lo aplastó de un pisotón. Al mismo tiempo, desenvainó su afilada espada de empuñadura de oro y llamó a Yolao, el conductor de su carro. Yolao trajo inmediatamente una antorcha y, cuando Heracles cortaba una cabeza, sellaba el cuello con fuego para evitar que surgiera una nueva. Fue el final de la hidra. Heracles mojó sus flechas en su sangre venenosa. Quien fuera herido con ellas moriría dolorosamente.

El tercer trabajo fue capturar la cierva de Cerinia, una cierva blanca con pezuñas de bronce y cuernos de oro, que pertenecía a la princesa Artemisa. Heracles tardó un año entero en encontrarla. La persiguió por montañas y valles de toda Grecia, hasta que al final le disparó una flecha sin veneno, cuando pasó corriendo cerca de él. La flecha se clavó entre el tendón y el hueso de sus patas delanteras, que quedaron ensartadas, sin derramar una sola gota de sangre. Cuando tropezó y cayó, Heracles la apresó, le extrajo la flecha y se la llevó a Euristeo sobre los hombros. Artemisa se habría enfurecido si Heracles hubiera dañado a su cierva y, además, lo perdonó por su certero flechazo. Después, Euristeo liberó a la cierva.

El cuarto trabajo fue apresar al jabalí de Erimanto, una enorme criatura con unos colmillos como los de un elefante y una piel resistente a las flechas. Heracles lo persiguió por las montañas de aquí para allá, en invierno, hasta que quedó atrapado en un gran montículo de nieve. Allí, saltó sobre él y le ató las patas delanteras a las traseras. Cuando Euristeo vio a Heracles cargando el jabalí a su espalda por la avenida de palacio, huyó y se escondió en una gran vasija de bronce.

El quinto trabajo fue limpiar el inmundo establo del rey Augías en un solo día. Augías tenía muchos millares de animales y nunca se había preocupado de eliminar sus excrementos. Euristeo le encargó esta tarea a Heracles sólo para molestarlo, esperando que se cubriera de inmundicia, cuando cargara el estiércol en las cestas para llevárselo.

Augías sonrió a Heracles con desprecio:

—Te apuesto veinte vacas contra una, a que no puedes limpiar el establo en un solo día.

—De acuerdo —dijo Heracles.

Blandió su maza, derribó la pared del establo, cogió un pico y cavó rápidamente unos

canales profundos desde dos ríos cercanos. El agua de los ríos atravesó el establo y lo dejó limpio en un momento.

Como sexto trabajo, Euristeo le dijo a Heracles que expulsara ciertas aves caníbales con plumas de bronce del lago Estínfalo. Estos animales parecían grullas, pero tenían picos capaces de hacer pedazos una coraza de hierro. Heracles no podía nadar en los pantanos, porque el agua estaba turbia, y tampoco podía cruzarlos caminando, porque el barro no aguantaría su peso. Cuando disparó a los pájaros, las flechas rebotaron en sus plumas.

La diosa Atenea se le apareció entonces y le dio unos címbalos de bronce.

—¡Agítalos! —le ordenó.

Heracles lo hizo y las aves levantaron el vuelo, aterrorizadas. Disparó, mató a docenas de ellas, ya que en la parte inferior de sus cuerpos no tenían plumas de bronce, y las obligó a huir en dirección al mar Negro. Ninguna volvió jamás.

El séptimo trabajo fue capturar un toro que aterrorizaba Creta. Perseguía granjeros y soldados, destruía cabañas y almacenes, arrasaba campos de maíz, y asustaba a mujeres y niños. Este animal había aparecido cuando el hijo de Europa, Minos, dijo a los cretenses:

—¡Soy el rey de esta isla! ¡Dejemos que los dioses me envíen una señal para probarlo!

Mientras hablaba, los cretenses vieron cómo un toro muy blanco de cuernos dorados salió nadando del mar. Pero en lugar de sacrificar el hermoso animal a los dioses, como era deber, Minos lo conservó y sacrificó otro. Así que Zeus lo castigó, permitiendo que el toro escapara y causara desgracias en toda Creta.

Heracles siguió al toro hasta un bosque. Allí, se subió a un árbol, esperó que el animal pasara y saltó sobre su lomo. Tras un difícil forcejeo, consiguió clavarle una anilla en la nariz y, cruzando el mar con unas riendas atadas a su morro, se lo llevó a Euristeo.

El octavo trabajo fue capturar las cuatro yeguas salvajes del rey Diomedes de Tracia. Diomedes alimentaba a estas yeguas con la carne de los extranjeros que visitaban su reino. Heracles viajó hasta Tracia y se acercó al palacio real; fue directo a las cuadras de Diomedes, echó a los mozos y condujo a las yeguas, que se caían y coceaban, hasta la costa. Alertado por el ruido, Diomedes llamó a los guardias de palacio y salió en su persecución. Heracles dejó las yeguas a cargo de su mozo Abdero y volvió para luchar. La batalla fue corta. Dejó sin sentido a Diomedes con su maza e hizo que las yeguas se lo comieran vivo, como venganza por la muerte de Abdero que, poco antes, al no haber podido controlar a las yeguas, había sido devorado por las mismas. Antes de marcharse, Heracles también instituyó unos juegos fúnebres anuales, en memoria de Abdero. Ya de regreso, cuando Heracles vio que su barco era demasiado pequeño para que cupieran las cuatro yeguas, las enjaezó al carro de Diomedes, abandonó el barco y volvió, de este modo, a casa, cruzando Macedonia.

El noveno trabajo fue conseguir el famoso cinturón de oro de Hipólita, la reina de las amazonas que vivía en la costa sur del mar Negro, y regalárselo a la hija de Euristeo. Heracles llegó a Amazonia sin novedad. Allí, la reina Hipólita se enamoró de él y podría haber conseguido el cinturón como un simple regalo. Sin embargo, la diosa Hera, con rencor, se disfrazó de amazona y esparció el rumor de que Heracles había venido para secuestrar a Hipólita y llevársela a Grecia. Las amazonas, indignadas, montaron en sus caballos y fueron a rescatarla, lanzando flechas contra Heracles, mientras se acercaban. Aunque Heracles rechazó el ataque, Hipólita resultó muerta en la confusión de la batalla. Así que Heracles cogió el cinturón de su cadáver y se fue apenado. Le hubiera gustado casarse con Hipólita y le molestó mucho tener que darle el cinturón a la hija de Euristeo.

El décimo trabajo de Heracles fue robar un rebaño de bueyes del rey Gerión, que vivía en una isla cerca de la corriente de Océano. Gerión tenía tres troncos con sus respectivas cabezas, pero un solo par de extremidades. Hera esperaba que Heracles fracasara en este último trabajo o, al menos, que no tuviera tiempo de cumplirlo, antes de que expirara el plazo de noventa y nueve meses. Cuando llegó al extremo occidental del mar Mediterráneo, donde España y África se unían en aquel tiempo, Heracles abrió un estrecho entre ellas. Los acantilados de cada lado se llaman, aún hoy, las Columnas de Hércules. Luego, navegó adentrándose en el Océano, en una barca de oro que

le prestó el Sol y usando la piel de león como vela. Cuando llegó a la isla de Geríones, Heracles fue atacado por un perro bicéfalo y por un pastor de Geríones, a los que abatió de un mazazo. Finalmente, Geríones salió corriendo de su palacio, como si se tratase de una fila formada por tres hombres. La diosa Hera, entonces, intentó ayudar a Geríones deslumbrando con un espejo a Heracles, pero éste esquivó el destello y mató a Geríones con una flecha, que atravesó a la vez los tres troncos. Luego, disparó también contra Hera, hiriéndola en un hombro. La diosa se fue entonces volando a suplicar a Apolo y a Artemisa, para que le extrajeran la flecha y la curaran.

Heracles cruzó los Pirineos con los bueyes y recorrió la costa meridional de Francia. Pero en los Alpes, un mensajero de Hera le dio a propósito una orientación errónea. Giró hacia el este y bajó hasta el estrecho de Mesina, antes de darse cuenta de que estaba en Italia y no en Grecia. Muy enfadado, se dio media vuelta y perdió todavía más tiempo en lo que hoy es Trieste, porque Hera envió tábanos, para que picasen a los bueyes en sus partes más sensibles. Los animales salieron de estampida hacia oriente y Heracles tuvo que seguir sus huellas durante ochocientos o mil kilómetros hasta Crimea, donde una horrible mujer con cola de serpiente le prometió ponerlos en la dirección correcta, con la condición de que la besara tres veces. Heracles lo hizo, aunque de muy mala gana, y por fin llegó a Grecia sano y salvo con los bueyes, justo cuando terminaba el plazo de noventa y nueve meses.

Ahora, Heracles debía ser liberado pero, aconsejado por Hera, Euristeo le dijo:

—No has cumplido correctamente mi segundo trabajo, porque pediste ayuda a Yolao, para matar la hidra. Y tampoco hiciste bien el quinto trabajo, porque Augías te pagó por limpiar su establo.

—¡Qué injusticia! —gritó Heracles—. Pedí ayuda a Yolao, porque Hera intervino: envió un escorpión para que me mordiera el pie. Y, aunque es cierto que Augías apostó conmigo veinte reses contra una a que no podría limpiar su establo en un día, yo hubiera hecho el trabajo de todos modos.

—¡No discutas, por favor! Hiciste la apuesta, de manera que, en lugar de trabajar sólo para mí, conseguiste veinte cabezas de ganado de otro hombre.

—¡Tonterías! Augías no me pagó. Dijo que yo no había limpiado el establo, que lo había hecho un dios-río.

—Tenía razón. El trabajo no lo hiciste tú. Debes hacer dos más, pero puedes dedicarles el tiempo que necesites.

—De acuerdo —dijo Heracles—. Y si vivo para cumplirlos, le sucederá lo peor a tu familia.

Euristeo había planeado dos nuevos trabajos muy peligrosos. El primero era conseguir las manzanas de oro de las hespérides, ninfas que vivían en el Lejano Occidente. Estas manzanas eran el fruto de un árbol que la Madre Tierra le ofreció a Hera como regalo de boda. Las hespérides, hijas del titán Atlas, cuidaban del árbol, y Ladón, un dragón que nunca dormía, lo vigilaba dando vueltas a su alrededor.

Heracles viajó al Cáucaso para pedir consejo a Prometeo. Éste le dio la bienvenida y le dijo:

—Por favor, ahuyenta a esa águila; no me deja pensar con claridad.

Heracles ahuyentó el águila, pero además disparó contra ella y la mató. Luego, pidió a Zeus que perdonara a Prometeo. Zeus decidió que el castigo ya había durado bastante y permitió que Heracles rompiera las cadenas, pero ordenó a Prometeo que llevara siempre un anillo de hierro en un dedo. Así fue cómo los anillos se pusieron de moda por primera vez.

Prometeo advirtió a Heracles: le dijo que no recogiera las manzanas él mismo, porque cualquier mortal que lo hiciera moriría en el acto.

—Convence a algún inmortal para que las recoja —le sugirió.

Tras una fiesta de despedida, Heracles partió por mar hacia Marruecos y, al llegar a Tánger, caminó tierra adentro hasta el lugar donde Atlas, el titán rebelde, sostenía la bóveda celeste. Heracles le preguntó:

—Si me hago cargo de tu trabajo durante una hora, ¿querrías recoger para mí tres manzanas del árbol de tus hijas?

—Claro —dijo Atlas—, si tú matas antes al dragón que nunca duerme.

Heracles apuntó con su arco por encima del muro del jardín y mató al dragón. Luego, se

puso de pie detrás de Atlas y, separando las piernas, se colocó todo el peso de la bóveda celeste sobre la cabeza y los hombros. Atlas trepó por el muro, saludó a sus hijas, robó las manzanas y le gritó a Heracles:

—Hazme el favor de quedarte aquí un poco más, mientras le llevo estas tres manzanas a Euristeo. Con mis enormes piernas, estaré de vuelta dentro de una hora.

Heracles, que sabía que Atlas nunca entregaría las manzanas a Euristeo y que su idea era la de rescatar a los demás titanes para empezar una nueva rebelión, simuló que le creía.

—Encantado —contestó—, pero antes sosténme un momento el peso, mientras doblo esta piel de león y me hago un cojín para la cabeza.

Atlas dejó las manzanas en el suelo e hizo lo que le pedía Heracles. Éste entonces recogió las manzanas y, antes de irse, le dijo:

—Has intentado engañarme —le comentó, riéndose—, pero yo te he engañado a ti. ¡Adiós!

Cuando regresaba a casa cruzando Libia, un gigante llamado Anteo, hijo de la Madre Tierra, desafió a Heracles a un combate. Heracles se embadurnó por completo de aceite para que Anteo no pudiera sujetarlo con firmeza. Anteo, en cambio, se restregó el cuerpo con tierra. Cada vez que Heracles tumbaba a Anteo, veía sorprendido cómo el gigante se levantaba más fuerte que antes, porque el contacto con su madre, la Tierra, le renovaba su fuerza. Heracles vio lo que tenía que hacer: levantó a Anteo del suelo, le rompió las costillas y lo mantuvo separado de la Madre Tierra hasta que murió. Un mes después, Heracles le entregó las manzanas a Euristeo sin novedad.

El último y peor de los trabajos fue capturar al can Cerbero y arrastrarlo a la superficie desde el Tártaro. Al recibir esta orden, Heracles fue a Eleusis para purificarse. Allí se celebraban los misterios de Deméter. Limpio de todo pecado, Heracles bajó con valentía hasta el Tártaro, pero Caronte no quiso transportar a un mortal hasta la otra orilla de la laguna Estigia.

—Destruiré tu barca —le amenazó Heracles— y te cubriré de flechas como un erizo está cubierto de púas.

Caronte tembló de terror y lo llevó al otro lado. Más tarde, Hades castigó a Caronte por su cobardía.

Heracles vio a Teseo y Pirítoo pegados al banco de Hades, mientras las furias los azotaban. Tiró de Teseo con enorme fuerza y lo arrancó del asiento, pero Teseo perdió un buen trozo de espalda. Luego, vio que era imposible liberar también a Pirítoo, si no era con un hacha, así que lo dejó allí.

Perséfone salió corriendo del palacio y cogió a Heracles de las manos:

—¿Puedo ayudarte, querido Heracles? —preguntó.

—Majestad, te ruego que me prestes a tu perro guardián durante unos días. Podrá volver a casa enseguida, cuando se lo haya enseñado a Euristeo.

Perséfone dirigió sus ojos hacia Hades:

—Por favor, esposo, concede a Heracles lo que pide. Esta tarea le ha sido encomendada por consejo de tu cuñada Hera. El promete no quedarse con nuestro can Cerbero.

—Muy bien —respondió Hades—, y puede llevarse también a ese loco de Teseo, ya que está aquí. Pero tiene la obligación de domar a Cerbero, sin usar ni la maza ni las flechas.

Hades creyó que esta condición haría imposible el trabajo, pero la piel de león de Heracles era resistente a los pinchazos de las púas del lomo de Cerbero, así que Heracles, con sus fuertes manos, apretó el pescuezo del can, hasta que sus tres cabezas se oscurecieron. Cerbero entonces se desmayó y Heracles pudo arrastrarlo con facilidad. Por desgracia, el único túnel de vuelta a la Tierra lo bastante ancho era uno que tenía la salida cerca de Mariandinia, junto al mar Negro, así que a Heracles le esperaba un viaje largo y difícil. Antes de partir, Heracles cogió una rama de laurel blanco como trofeo y se la colocó como si fuera una corona.

Cuando Heracles apareció arrastrando a Cerbero con una correa, Euristeo se dio un susto de muerte.

—Gracias, noble Heracles —dijo—; ahora, quedas liberado de tus trabajos. Pero, por favor, devuelve esa bestia enseguida.

Heracles volvió a Tebas, donde su madre Alcmena lo recibió con alegría. Pero Hera ideó un

astuto plan. Le dijo a Autólico que robara un rebaño de yeguas y potros moteados a un hombre llamado Ifito, que les cambiara el color y que se los vendiera a Heracles. Así lo hizo. Ifito siguió el rastro de las pezuñas de su rebaño hasta Tirinto y le preguntó a Heracles si, por casualidad, se había llevado él las yeguas. Heracles acompañó a Ifito hasta lo más alto de una torre y, muy serio, le dijo:

—¡Mira a tu alrededor! ¿Ves alguna yegua moteada en mis pastos?

—No —contestó Ifito—. Pero sé que están cerca de aquí. Heracles perdió la paciencia, al verse considerado un ladrón y un mentiroso, y arrojó a Ifito por encima de las almenas.

Los dioses condenaron a Heracles a ser esclavo de la reina Onfalia de Lidia; el dinero por su venta, que Hermes había acordado, fue para los huérfanos de Ifito. Onfalia, que no sabía quién era Heracles, le preguntó por sus habilidades.

—Sé hacer lo que tú quieras, señora —contestó él enseguida.

La reina, entonces, le hizo vestirse de mujer con unas enaguas amarillas, le dio una rueca y le enseñó a hilar lana. A Heracles le pareció un trabajo muy descansado. Un día, un dragón gigantesco empezó a comerse a los súbditos lidios de Onfalia, así que ésta le dijo a Heracles:

—Pareces fuerte. ¿Te atreves a luchar contra el dragón?

—A tu servicio, señora.

Los dragones no eran nada para Heracles e inmediatamente disparó una flecha envenenada entre las mandíbulas del dragón y lo mató. Onfalia le devolvió la libertad, como muestra de agradecimiento.

Más tarde, Heracles se casó con una princesa llamada Deyanira, hija del dios Dionisos, y fundó los juegos olímpicos, que debían celebrarse cada cuatro años, mientras existiera el mundo. Estableció que los vencedores de cada competición serían obsequiados con coronas de laurel, en lugar de los valiosos trofeos habituales, porque tampoco a él le habían pagado nada por sus trabajos. Nadie se atrevió a luchar jamás contra Heracles, lo que defraudó a los espectadores. No obstante, un día, el rey Zeus se dignó a bajar del Olimpo. Él y Heracles mantuvieron una formidable pelea que terminó en empate y todo el mundo quedó encantado.

Heracles se vengó de los reyes que le habían despreciado cuando llevaba a cabo sus trabajos, incluyendo a Augías, y mató a tres hijos de Euristeo. Zeus le prohibió atacar al propio Euristeo, porque hubiera sido un mal ejemplo para otros esclavos liberados. El dios-río Aqueloo desafió a Heracles a un combate y perdió un cuerno durante la lucha. Heracles también peleó contra el dios Ares y lo mandó cojeando de vuelta al Olimpo.

Un día, un centauro llamado Neso se ofreció para ayudar a la esposa de Heracles, Deyanira, a cruzar un río desbordado, por una pequeña suma de dinero. Heracles le pagó, pero cuando Neso alcanzó la otra orilla se puso a correr con Deyanira en los brazos. A ochocientos metros de distancia, Heracles le disparó una de las flechas untadas con la sangre de la hidra. Agonizante, Neso le susurró a Deyanira:

—Recoge un poco de mi sangre en esta jarra pequeña de aceite. Si alguna vez Heracles ama a otra mujer más que a ti, dispondrás de un hechizo que funcionará seguro. El aceite mantendrá mi sangre fresca. Tírasela en la camisa. No te será nunca más infiel. ¡Adiós!

Deyanira siguió el consejo de Neso.

Estando al servicio de Euristeo, Heracles había participado en un concurso de tiro con arco organizado por el rey Eurito de Ecalia, cuyo premio era su hija Yole. Eurito alardeaba de ser el mejor arquero de Grecia y le sentó muy mal el verse derrotado por Heracles, así que gritó:

—Mi hija es una princesa. No puedo aceptar que se case con un esclavo de Euristeo. La competición queda anulada.

Heracles recordó este insulto años más tarde, así que saqueó Ecalia y mató a Eurito. Raptó a Yole y a sus dos hermanas, y las puso a fregar suelos y cocinar. Deyanira, entonces, tuvo miedo de que Heracles se enamorara de Yole, que era muy hermosa. Y cuando él le envió un mensajero pidiéndole su camisa mejor bordada, Deyanira pensó: «Se la quiere poner cuando se case con Yole». Fue entonces cuando esparció un poco de la sangre de Neso en el bordado rojo de la camisa, donde no se notaba, y se la dio al mensajero.

En realidad, Heracles necesitaba la camisa para un sacrificio de acción de gracias a Zeus,

por la captura de Ecalia. En cualquier caso, cuando Heracles se puso la camisa y estaba vertiendo vino en el altar, sintió de repente como si unos escorpiones le estuvieran picando. El calor de su cuerpo había derretido el veneno de la hidra que había en la sangre de Neso. Heracles gritó, vociferó, chilló, golpeó el altar y trató de quitarse la camisa, pero se arrancó también grandes jirones de piel. Su sangre silbaba al contacto con el veneno. Entonces, saltó a un río, pero el veneno le quemaba aún más que antes. Heracles supo en ese momento que estaba condenado y pidió a sus amigos, con voz débil:

—Por favor, llevadme al monte Eta y construid una pira con madera de roble y de olivo.

Ellos, llorando, obedecieron. Heracles trepó hasta la plataforma que había encima y tranquilamente se tumbó sobre su piel de león y usó su maza como almohada. Ardió hasta morir. El fuego dolía mucho menos que el veneno de la hidra.

Zeus, que se sintió muy orgulloso de su valiente hijo, les dijo a los dioses del Olimpo:

—Heracles será nuestro portero y se casará con mi hija Hebe, diosa de la juventud. Si alguien no está de acuerdo, empezaré a lanzar rayos. ¡Levántate, noble alma de Heracles! ¡Bienvenida al Olimpo!

Zeus parecía tan furioso que Hera no se atrevió a decir nada. El alma inmortal de Heracles subió sobre una nube y Atenea lo presentó enseguida a los otros dioses. Sólo Ares le dio la espalda, pero cuando Deméter le pidió al dios que no hiciera el tonto, también éste le dio la mano a Heracles, aunque desganadamente.

Cuando Deyanira supo que había sido ella quien había causado la muerte de Heracles, cogió una espada y se quitó la vida.

La rebelión de los gigantes

XIX

Cuando Heracles mató a Anteo, la Madre Tierra protestó ante los dioses del Olimpo. Dijo que, para compensarla, Zeus debería como mínimo perdonar a Atlas y a los otros titanes, sus hijos, quienes aún estaban condenados a esclavitud perpetua. Zeus la mandó callar de malos modos. Así que, para vengarse, la Madre Tierra fue a Flegras, en Tracia, y creó allí a veinticuatro descomunales gigantes de largas barbas y con pies de cola de serpiente. Planearon entonces atacar a los dioses del Olimpo, lanzando gruesas piedras y teas contra el palacio. Hera profetizó que la única esperanza de los dioses del Olimpo era encontrar una planta que crecía en algún lugar de la Tierra. Quien la oliera jamás resultaría herido. Así que Zeus ordenó al Sol y a la Luna que no brillaran durante un tiempo. Luego, buscó a tientas por toda Grecia, hasta que encontró la planta y se la hizo oler a todos los dioses del Olimpo. Hera volvió a profetizar:

—Ahora, un héroe vestido con una piel de león nos salvará.

Se refería, por supuesto, a Heracles, su nuevo portero.

Los dioses abandonaron el Olimpo e invadieron Flegras. Heracles colocó una flecha en su arco y disparó contra Alcioneo, el jefe de los gigantes. Éste se desplomó como si hubiera muerto, pero enseguida volvió a levantarse, reviviendo al tocar el suelo de su país. Heracles entonces combatió cuerpo a cuerpo contra Alcioneo y lo arrastró hasta cruzar la frontera griega y penetrar en Escitia, donde lo golpeó con su maza hasta la muerte. Mientras tanto, los demás gigantes atacaron a los dioses, que se vieron obligados a retroceder hasta la cumbre del Olimpo. Luego, los gigantes levantaron un enorme montículo de rocas junto a los altos muros del palacio para, encaramándose en él, poder invadir la morada de los dioses. Una roca golpeó a Ares en la cabeza y éste cayó de rodillas y se puso a gemir. Un gigante llamado Porfirión intentó estrangular a Hera, pero Eros cogió

su pequeño arco y le clavó una flecha en el corazón, lo que provocó que el gigante se enamorara locamente de la diosa y le llenara la mano de grandes y babosos besos. Zeus, muy enfadado, arrojó entonces un rayo contra Porfirión y éste lo detuvo con su escudo, mientras volvía a besar a Hera, esta vez en la boca. Heracles regresó justo a tiempo para romperle el cuello al gigante y sujetarlo en el aire hasta su muerte. En ayuda de Ares, acudieron Apolo y Heracles, que con sus flechas le sacaron los ojos derecho e izquierdo respectivamente a un gigante. Hefesto dejó ciego a otro, tirándole a la cara una paletada de oro fundido. Después, Heracles agarró a los dos gigantes y se los llevó corriendo al otro lado de la frontera, uno bajo cada brazo, donde les golpeó en la cabeza. Durante el fragor de la batalla, Afrodita se escondió en el armario de la ropa blanca, mientras Deméter y Hestia temblaban junto a una de las ventanas del palacio. Atenea, en cambio, combatió con valor y sangre fría, y Artemisa corrió de aquí para allá, disparando contra los gigantes desde los lugares más inverosímiles. Alertadas por el alboroto, las tres parcas salieron de la habitación de hilar y corrieron a la cocina, donde cada una se armó con una mano de mortero dorada, de esas que se utilizan para machacar perejil, menta o ajo. Al no existir nadie que pueda combatir contra las parcas, los otros gigantes huyeron.

Los dioses del Olimpo lanzaban cualquier cosa que tuvieran a mano contra el enemigo en retirada. Una enorme roca arrojada por Poseidón cayó al mar y se convirtió en la isla de Nísiro. Los gigantes presentaron su última resistencia en Trapezunte, en Arcadia. Poseidón, Zeus y Ares, que no lo habían hecho muy bien hasta entonces, lucharon valientemente ahora, con tridente, rayos y lanza. Mientras tanto, Hermes, que le había pedido el casco de la invisibilidad a Hades, apuñalaba al enemigo por la espalda. Heracles mató más gigantes él solo que todos los demás dioses juntos. Cuando la batalla llegó a su fin, Hera se le acercó y le dio las gracias por librarla de aquel repugnante Porfirión.

—Siento vergüenza por lo mal que te traté cuando estabas en la Tierra —le dijo.

—Olvidalo, por favor, reina Hera —contestó Heracles, haciéndole una gran reverencia.

Dos rebeliones más

XX

Siguiendo un consejo de la Madre Tierra, los gemelos alóadas —gigantes mortales que cada año se hacían dos metros más altos y medio metro más anchos— decidieron robar el alimento de la inmortalidad, expulsar a los dioses del Olimpo y gobernar ellos el mundo. Primero, capturaron a Ares en su casa de campo de Tracia: lo encadenaron de pies y manos, y lo encerraron en una vasija de bronce. Después, cogieron el enorme monte Pelión y lo pusieron encima de su vecino, el monte Osa, para, de esta forma, poder lanzar rocas sobre el Olimpo desde arriba.

—Me casaré con la reina Hera —alardeaba el mayor, que se llamaba Efialtes.

—Pues yo, con Artemisa —alardeaba Oto, el menor.

Apolo llevó a su hermana aparte y le dijo:

—Artemisa, eres la única que puede salvarnos.

—¿Cómo?

—Prometiéndole a Oto que te casarás con él.

—¡Pero, hermano! ¡Prefiero morir, antes que casarme con él!

—No tienes que cumplir la promesa. Piensa un poco. Puedes enviar fácilmente a los dos gemelos al Tártaro y librarte de ellos.

—¡Es imposible! Hera ha profetizado que ni dioses ni mortales pueden matarlos.

—Probablemente es así, pero todas las profecías tienen una trampa.

Así que Artemisa le prometió a Oto reunirse y casarse con él, en la isla de Naxos. Cuando Hermes le dio a Oto el mensaje de Artemisa, Efialtes se puso muy celoso.

—¿Por qué no ha prometido venir también Hera? —bramó—. ¿Crees que puede preferir a Zeus, antes que a mí? Yo soy mucho más fuerte.

Oto se rió.

—Quizá eres fuerte; pero, ¿cómo quieres que una diosa se enamore de ti, con esa cara tan fea?

—Y la tuya, ¿qué?

—Artemisa la adora.

—¿Tú crees? En tal caso, también puede adorar la mía. Soy el mayor de los dos. ¡Cuando llegue, me casaré con ella, en lugar de hacerlo con Hera!

—No, Artemisa es para mí. Además, ella sabe que yo soy mucho mejor arquero que tú.

—¡Mentiroso! ¡Demuéstralo!

Mientras discutían, Artemisa se disfrazó de una de sus ciervas blancas y pasó corriendo entre ellos. Los gigantes cogieron sus arcos. Oto disparó al animal desde la izquierda y Efialtes lo hizo desde la derecha. Pero Artemisa iba tan deprisa que ambos fallaron y cayeron muertos, cada uno con una flecha atravesada en la cabeza. Ningún dios podía matarlos, tampoco ningún mortal, pero se habían matado el uno al otro.

Hermes condujo a los alóadas al Tártaro, para que fueran castigados, y rescató a Ares, medio muerto, del interior de la vasija de bronce.

La Madre Tierra hizo un último intento por deshacerse de los dioses del Olimpo y creó a Tifón, el monstruo más enorme que jamás se hubiera visto. Tenía cabeza de asno, orejas que tocaban las estrellas, alas que tapaban el cielo y un amasijo de víboras enroscadas en lugar de piernas. Tifón aterrorizó de tal manera a los dioses del Olimpo cuando corrió hacia el palacio escupiendo fuego, que éstos huyeron a Egipto. Zeus lo hizo disfrazado de carnero; Hera, de vaca;

Apolo, de cuervo; Poseidón, de caballo; Artemisa, de gato montes; Ares, de jabalí; Hermes, de grulla, etcétera. Sólo Atenea no quiso moverse. Fue ella quien llamó cobarde a Zeus y le dijo que se avergonzaba de ser su hija.

Zeus se ruborizó, retomó su forma habitual y le arrojó un rayo a Tifón, hiriéndole en un hombro. Gritando de dolor, Tifón agarró a Zeus, le golpeó hasta amorrarlo, le quitó los tendones de las manos y de los pies para dejarlo inútil y lo puso bajo la custodia de un monstruo hembra llamado Delfine.

Poco después, Tifón pidió a las parcas una medicina para su dolor del hombro. Ellas, en silencio, le dieron unas manzanas y continuaron hilando. Tifón mordió la fruta con sus enormes dientes, pero las parcas le habían engañado y le habían dado unas manzanas de la muerte. A medida que el veneno surtía efecto, Tifón se sentía cada vez más débil.

Hermes, Apolo y Pan fueron a la cueva de Delfine por la noche. De repente, Pan dio un grito horrible y asustó mortalmente a Delfine. Mientras, Hermes se coló sin ser visto en la gruta, robó los tendones de Zeus de una vasija que había bajo la cama y volvió a ponérselos al dios. Apolo, por su parte, mató a Delfine de un flechazo. Zeus lanzó gran cantidad de rayos sobre el débil Tifón y, finalmente, lo aplastó con una enorme roca. Aquella roca es hoy el monte Etna, en Sicilia. De vez en cuando, el ardiente aliento de Tifón surge con fuerza por el cráter, arrojando humo, lava y piedra pómez.

Jasón y el vellocino de oro

XXI

La reina Ino, que odiaba y conspiraba contra la vida de su hijastro Frixo, convenció a las mujeres de Beocia, el país donde vivían ella y el padre de Frixo, el rey Atamante, para que asaran en sus hornos, sin que nadie lo supiera, todo el grano de cebada que existía, de manera que cuando fuese sembrado en primavera no germinara ni una sola semilla. Como sabía que entonces Atamante enviaría mensajeros al oráculo de Delfos, para averiguar si los dioses del Olimpo estaban enfadados con él, la reina sobornó a los heraldos para que, cuando regresaran, contaran una mentira:

—El oráculo dice que a menos que Atamante sacrifique a su hijo Frixo en la cima de una montaña, la cebada nunca volverá a crecer en Beocia.

Atamante creyó que debía obedecer. Y se llevó a Frixo a la cumbre de una montaña cercana a Tebas. Allí lo hubiera sacrificado, si Heracles, de regreso a casa, no hubiera estado presente en aquel momento, después de capturar las yeguas del rey Diomedes.

—Zeus detesta los sacrificios humanos —gritó Heracles, quitándole a Atamante, de un manotazo, el cuchillo de la mano.

—Pero debo obedecer el oráculo de Delfos —dijo Atamante, entre sollozos.

En aquel instante, Zeus envió un carnero áureo alado que descendió volando desde el Olimpo. Frixos se subió a su lomo. Y su hermana pequeña, Hele, que lo adoraba, le suplicó:

—¡Llévame contigo, si no nuestro padre me matará a mí en tu lugar!

Frixos subió a su hermana detrás de él y el carnero se dirigió al este, hacia el país de Cólquide, al otro lado del mar Negro. Pero Hele se mareó a medio camino y se cayó del carnero, ahogándose en el estrecho que más tarde se llamó Helesponto.

Frixos continuó su vuelo. Y cuando llegó a Cólquide, sacrificó el carnero a Zeus y colgó su vellón de oro en el templo de Ares, donde lo dejó custodiado por una enorme serpiente. Frixos vivió varios años más y se casó con una princesa de Cólquide, con la que tuvo cuatro hijos. Pero en

Cólquide, los hombres no eran enterrados como es debido: envolvían sus cuerpos en una piel de buey y los ataban a la copa de los árboles, donde eran devorados por los buitres. El espíritu de Frixos regresó y protestó ante su amigo, el rey Pelias, que se había apoderado recientemente del trono de Yolco, en Tesalia, diciéndole que así no le permitirían entrar en el Tártaro.

El oráculo de Delfos le había profetizado a Pelias que un pariente joven suyo lo mataría, por lo que invitó a todos sus primos y sobrinos a un banquete y los exterminó. Aquella misma tarde, sin embargo, nació un nuevo sobrino llamado Jasón, cuya madre ordenó a sus doncellas que llorasen mucho, como si el bebé hubiera muerto nada más nacer. Más tarde, Pelias mató a la madre de Jasón para evitar que tuviera más hijos, pero Jasón había sido trasladado en secreto, sano y salvo, hasta el monte Pellón, donde Quirón, el centauro sabio, lo educó también en secreto. El oráculo, entonces, advirtió a Pelias:

—¡Ten cuidado de un hombre que lleve una sola sandalia!

Pasaron veinte años. Pelias, ya muy anciano, estaba ofreciendo sacrificios en la costa de Yolco, cuando vio a un extranjero que se acercaba. Éste iba armado con dos lanzas de hoja ancha y calzaba una sola sandalia.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Tu sobrino Jasón.

—¿Por qué no llevas dos sandalias?

—Perdí la otra en el río, cuando ayudaba a cruzar a una anciana, que resultó ser la diosa Hera disfrazada y que te acusó de no ofrecerle nunca sacrificios.

Pelias miró a Jasón con furia y le preguntó:

—¿Qué harías tú si un oráculo te hubiera profetizado que uno de tus propios parientes iba a matarte?

Hera se disfrazó de mosca y entonces le susurró unas palabras a Jasón al oído. Él las repitió:

—Le haría ir hasta Cólquide, enterrar allí los huesos de Frixo y volver con el vellocino de oro.

—Tú debes ser el hombre que me vaticinó el oráculo —contestó Pelias—. ¡Márchate enseguida y tráeme ese vellocino!

Jasón envió heraldos a todos los rincones de Grecia, invitando a los héroes a unirse a él en la aventura. Pronto, cientos de ellos llegaron a Yolco. Jasón se vio obligado a rechazar a la mayor parte, porque el *Argos*, la nave que estaban construyendo para él, sólo tenía espacio para cincuenta remeros. Cuando Heracles, que acababa de capturar el jabalí de Enmanto, se unió a la tripulación, todos quisieron que fuese él el que liderara la expedición, pero él respondió:

—No. Ese honor debe ser para Jasón, no para mí. Yo soy aún un esclavo.

Los argonautas, que es como fue llamada aquella tripulación de héroes, partieron de Yolco navegando hacia el este a comienzos de la primavera y, poco después, llegaron a la isla de Lemnos, donde atracaron para conseguir alimentos y agua. Algunos meses antes, las mujeres lemneas habían asesinado a todos sus esposos, porque éstos las trataban con crueldad, pero ahora se sentían solas y perdidas. Estas mujeres intentaron que los argonautas se quedaran en la isla y se casaran con ellas, pero Heracles ordenó que todos regresaran a bordo, haciendo uso incluso de la fuerza.

El *Argos* cruzó el Helesponto, pasando por Troya, y se adentró en el mar de Mármara. Allí, los argonautas organizaron un concurso amistoso para ver cuál de ellos era capaz de remar durante más tiempo. Heracles, Jasón y los gemelos celestiales —Castor y Pólux— aguantaron toda una noche, hasta la hora del desayuno del día siguiente. A mediodía, ya sólo quedaban Jasón y Heracles, cada uno remando a un lado del barco. Al anochecer, Jasón se desmayó y el remo de Heracles se partió justo en aquel instante. Llevaron entonces el *Argos* hasta una playa de la costa de Misia y prepararon la cena; todos hicieron lo mismo menos Heracles, que se fue a construir un remo nuevo. Junto a Heracles se había embarcado un huérfano, llamado Hilas, que hacía de grumete. Mientras los argonautas cazaban y cuarteaban unos ciervos, Hilas cogió su cántaro y fue a buscar agua para el cocido. Jamás lo volvieron a ver. Heracles corrió de aquí para allá gritando: «¡Hilas! ¡Hilas!», con todas sus fuerzas, sin saber que una náyade, que vivía en el lago al que Hilas había ido a llenar su cántaro, se había enamorado del guapo muchacho y lo había arrastrado con ella hasta las

profundidades del agua. Heracles quería que los argonautas declararan la guerra a los campesinos de Misia, a los que acusaba de raptar a Hilas. Estaba tan nervioso y se comportaba de forma tan extraña —vieron, por ejemplo, que su remo nuevo era dos veces mayor que el de los demás— que la noche siguiente los argonautas se marcharon sin él.

Cerca del lugar donde más tarde se levantaría Constantinopla, encontraron al rey Fineo, hermano de Cadmo, en una triste situación. En cuanto sus criados le servían la comida, tres aves repugnantes, con cabeza de mujer y aliento repugnante, llamadas harpías, se arrojaban sobre su mesa. Si no podían llevarse la comida, lanzaban su aliento y la dejaban incomible. Los argonautas ahuyentaron a las harpías y Fineo, agradecido, le dio un buen consejo a Jasón. Sus últimas palabras fueron:

—Y cuando llegues a Cólquide, ¡confía en la diosa Afrodita!

Para entrar en el mar Negro, el *Argos* tenía que cruzar el estrecho del Bósforo, que estaba custodiado por dos rocas flotantes que chocaban entre sí y aplastaban cualquier barco que intentara entrar, las rocas cianeas. Fineo había recomendado a los argonautas que se llevaran una paloma consigo. Al llegar allí, a la entrada de las rocas, Jasón soltó la paloma. Ésta pudo cruzar a toda velocidad, aunque las rocas le pellizcaron las plumas de la cola. El *Argos* la siguió rápidamente. Las rocas se abrieron y se volvieron a cerrar enseguida, cortando los adornos de la popa del navío. Después, Zeus ancló las cianeas firmemente y para siempre. Como la corriente del estrecho era muy fuerte, Orfeo, que era uno de los argonautas, tañó su lira y los marineros remaron a su ritmo. Entraron en el mar Negro tras un gran esfuerzo.

A medio camino de la costa sur, el *Argos* llegó a la isla de Ares, donde estaban las aves de plumas de bronce, que vivían allí desde que Heracles las había expulsado de los pantanos del Estínfalo. Los argonautas pasaron de largo a toda prisa, entrechocando sus escudos de bronce y sus espadas para ahuyentar a los pájaros. Al día siguiente, rescataron a un grupo de naufragos, que resultaron ser los cuatro hijos de Frixo, que viajaban a Grecia, con la esperanza de que el rey Atamante les nombrara sus herederos. Jasón les advirtió que no esperaran nada de Atamante, porque estaba desterrado en un lugar desértico en Tesalia, y les invitó a unirse a sus argonautas. Había espacio para ellos a bordo, ya que habían perdido a Heracles y a otros tres tripulantes en diversos accidentes. Los hijos de Frixo aceptaron y juraron obedecer las órdenes de Jasón. Éste convocó un consejo de guerra en un remanso del río Fasis y ofreció un sacrificio a Afrodita. La diosa se le apareció y le prometió ayuda. Afrodita había encontrado a su travieso hijo Eros jugando a los dados con Ganimedes, el copero de Zeus, y lo había sobornado con una bonita pelota de oro con esmalte azul. Eros, entonces, partió hacia el palacio del rey Eetes, en Cólquide, se escondió tras una columna y se preparó para disparar una flecha contra Medea, la hija pequeña del rey. Jasón llegó poco después, guiado por los hijos de Frixo, y le preguntó cortésmente al rey Eetes si, por favor, se podía llevar el vellocino de oro.

—Someteré a todos tus enemigos, si me lo das —le dijo.

Eetes se negó:

—¡Vuelve a tu casa, joven, antes de que te corte la lengua!

Pero Medea le suplicó:

—¡Padre, qué modales son esos! Este valeroso príncipe ha salvado la vida de tus cuatro nietos.

Eros lanzó su flecha e, inmediatamente, Medea se enamoró locamente de Jasón. Medea, entonces, le pidió a Eetes que le entregara el vellocino a Jasón, con la condición de que hiciera algunos trabajos.

Eetes accedió a regañadientes.

—Pero serán unos trabajos extremadamente difíciles —le dijo a Jasón—. Tengo dos toros que escupen fuego. Enyúgalos, labra con ellos un campo de una hectárea y media, y siémbrale con dientes de dragón. Aquí tienes una bolsa llena de dientes de dragón que Cadmo no utilizó.

Después de hacerle jurar por todos los dioses a Jasón que sería su esposo para siempre, Medea le ayudó untándole el cuerpo con un bálsamo de azafrán especial de Cólquide. Este bálsamo mágico lo protegería del aliento ardiente de los toros. Jasón enyugó los toros, aró el campo, sembró

los dientes de dragón y, cuando brotaron unos hombres armados, hizo lo mismo que Cadmo había hecho: tiró una piedra entre ellos, para que se mataran entre sí.

Mientras tanto, los cuatro hijos de Frixo, siguiendo las órdenes de Jasón, bajaron los huesos de su padre, que estaban envueltos en una piel de buey, del árbol en el que todavía estaban colgados; los enterraron con una moneda de plata para Caronte, y erigieron una bonita lápida sobre ellos.

Cuando Eetes vio que Jasón había terminado su tarea, gritó:

—¡No te daré el vellocino, sinvergüenza! Mi hija te ha ayudado con malas artes. Además, ¿por qué has sepultado los huesos de Frixo? El entierro está prohibido por nuestras leyes. ¡Abandona Cólquide antes del amanecer!

Aquella noche, Medea condujo a Jasón hasta el templo donde el vellocino estaba colgado de un pilar y cantó un conjuro mágico a la serpiente protectora, rociándole los ojos con bálsamo de amapola, hasta que el sueño venció al animal. Jasón robó entonces el vellocino y corrió con Medea hasta el *Argos*. Tras una feroz batalla, los argonautas derrotaron al ejército de Cólquide y se fueron, remando río abajo. Medea les curó las heridas con un ungüento de su botiquín.

La flota de Eetes persiguió el *Argos* por el mar Negro, el estrecho del Bósforo, el mar de Mármara, el mar Egeo y por toda Grecia, hasta llegar a la isla de Drepane (hoy llamada Corfú), a medio camino del mar Adriático. Medea y Jasón llegaron allí a mediodía y pidieron protección al rey y a la reina. El almirante de la flota de Cólquide llegó al palacio de Drepane a la hora de cenar y le dijo al rey:

—Majestad, un sinvergüenza llamado Jasón ha huido con la hija del rey Eetes, la princesa Medea. Venimos a rescatarla y también a recuperar el vellocino de oro que ellos han robado.

El rey contestó:

—Es muy tarde para que pueda decidir si tienes derecho a llevarte a Medea o el vellocino. Vuelve por la mañana, cuando mi cabeza esté más clara.

La diosa Afrodita se le apareció a la reina y le dijo:

—Deja que te preste mi ceñidor áureo; hará que el rey se vuelva a enamorar de ti y que haga todo lo que le pidas.

—Eso sería muy bonito. Últimamente, está bastante cansado de mí. Pero, ¿qué tengo que pedirle?

—Pídele que envíe a los colquianos de regreso a su casa.

Cuando la reina se abrochó el ceñidor, el rey exclamó:

—¡Querida, qué preciosa eres! ¿Puedo hacer algo por ti?

—Quiero una corona nueva, con diamantes, rubíes y esmeraldas; y una larga túnica bordada en oro. Y también deseo saber la respuesta que le darás mañana al almirante de Cólquide.

—Te prometo la corona y la túnica, pero todavía no he decidido lo que diré mañana.

—Pues permíteme que te aconseje. Dile al almirante que si la princesa Medea todavía no se ha casado con Jasón, ella deberá volver a la casa de su padre, el rey Eetes, con el vellocino. Pero que si ya se ha casado, entonces Jasón podrá quedársela y considerar el vellocino como su regalo de boda.

—De acuerdo; eso es lo que diré..., ¡si me permites que te dé cien besos!

La reina contó los besos con cuidado y se dio cuenta de que el rey se sobrepasó de uno. Luego, fue a ver a Jasón. Antes, sin embargo, se quitó el ceñidor, para evitar que Jasón se enamorara también de ella y que por tanto Medea se pusiera celosa.

—¡Deprisa! —gritó—. ¡Unios enseguida en matrimonio!

Los argonautas organizaron una boda a medianoche para Jasón y Medea. A la mañana siguiente, el rey supo lo sucedido y le dijo al almirante que Medea y el vellocino eran ya de Jasón.

El almirante no se atrevía a luchar contra los argonautas, pero tampoco osaba regresar a su reino con las manos vacías, así que pidió permiso al rey para quedarse en Drepane con toda su flota. Le fue concedido. Algunos meses más tarde, la noticia llegó a oídos del rey Eetes, en Cólquide, que murió del enfado.

Cuando navegaban de regreso a Yolco, los argonautas se vieron atrapados por una tempestad

que los arrastró hasta la costa de África. Allí, una enorme ola levantó el *Argos* y lo depositó sobre la arena seca del desierto. Los argonautas hubieran tenido que abandonar la nave si no hubiera aparecido la diosa Libia que, vestida con pieles de cabra, les prestó unos rodillos de madera. Los argonautas, de esta manera, pudieron empujar el *Argos* de vuelta al agua.

Navegaron luego hasta Creta, donde un monstruo automático de bronce, construido en la herrería de Hefesto, custodiaba el puerto, arrojando rocas contra los barcos extranjeros. Pero los argonautas necesitaban comida y agua, así que Medea embrujó al automático de bronce con sus ojos. El monstruo se tambaleó, se golpeó el talón en una roca y se desangró hasta morir. Los argonautas, entonces, desembarcaron sin peligro.

Llegaron a Yolco, sin más incidencias, un día de octubre, al atardecer. Un pescador solitario, que estaba sentado en la playa reparando sus redes, les informó que Pelias había ordenado asesinar a Jasón en cuanto apareciera. Medea, entonces, se disfrazó de anciana y se fue al palacio, llevándose consigo a sus doncellas colquianas. Allí, se presentó como una diosa que había venido desde las islas Británicas en un carro de fuego.

—Haré que vuelvas a ser joven, rey Pelias —le dijo.

Pelias vio cómo Medea descuartizaba un viejo cordero y hervía los pedazos en un caldero de hierro, con hierbas mágicas y conjuros. Tras ello, Medea hizo un truco: sacó un corderillo del caldero y le dijo a Pelias:

—Éste es el cordero que he descuartizado. ¡Míralo ahora! ¡Los mismos conjuros funcionarían contigo!

—Si sabes devolver la juventud a los viejos, ¿por qué no te la devuelves a ti misma? —le preguntó, suspicaz, Pelias.

—Lo haré, si eso te divierte. ¡Cierra tus ojos y cuenta hasta cien!

Mientras Pelias contaba, Medea se quitó el disfraz a toda prisa.

—¡Abre los ojos!

Al ver que Medea se había vuelto joven de repente, Pelias pidió a una de sus hijas que lo cortara en pedazos con un hacha y que hirviera los trozos en el caldero. Aquella hija era el joven pariente destinado a matarlo, porque el caldero, claro está, no tenía ningún poder mágico.

Jasón colgó el vellocino en un templo de Zeus, en la montaña próxima a Tebas, desde la cual el carnero se había llevado a Frixo. Luego, condujo el *Argos* hasta Corinto, lo varó y lo ofreció como sacrificio al dios Poseidón.

Corinto, rey de Corinto, murió de repente y Jasón fue elegido para sustituirle. Poco después, sin embargo, los habitantes de la ciudad descubrieron que Corinto había sido envenenado, un crimen del que Medea se confesó autora. Aquella confesión hizo que los corintios le pidieran entonces a Jasón que se casara con otra mujer y que continuara siendo el rey. Él aceptó, pero con la condición de que le perdonaran la vida a Medea.

—Juraste por todos los dioses que serías mi esposo para siempre —replicó Medea.

—No sabía que fueras una envenenadora —contestó Jasón—. Será mejor que te vayas enseguida, antes de que los corintios cambien de idea y decidan castigarte. Me casaré con la princesa Glauce.

Poco antes de la boda, Glauce recibió una corona de oro y una larga túnica blanca. El mensajero que las trajo dijo que eran regalos nupciales hechos por Hera. Pero, en realidad, habían sido enviados por Medea. En cuanto Glauce se las puso, empezaron a arder y la princesa murió abrasada. El palacio también fue pasto de las llamas y los invitados quedaron atrapados por el fuego. Sólo Jasón pudo escapar.

Medea huyó y, más tarde, contrajo matrimonio con el rey Egeo de Atenas, como ya hemos contado. Jasón, por su parte, fue maldecido por los dioses del Olimpo, pues había roto el voto de fidelidad que contrajo con Medea. El héroe perdió su trono y vagó miserablemente por toda Grecia. Sus antiguos amigos nada querían saber de él y, de viejo, cuando volvió a Corinto vestido como un mendigo, se sentó a la sombra del *Argos* y sollozó recordando sus glorias pasadas. En aquel momento, la proa del navío se desplomó y lo mató. Y Zeus colocó la popa del barco en el cielo, formando así la constelación de Argos.

Existían varios reyes que querían casarse con Alcestis, la más hermosa de las hijas del rey Pelias. Poco antes de que el *Argos* regresara a Yolco, Pelias anunció que concedería la mano de su hija a aquel rey que lograra uncir un jabalí y un león a su carro, y conducir éste en la pista de carreras. Muchos reyes lo intentaron y fracasaron.

Sin embargo, Admeto, rey de Feras, hizo llamar al dios Apolo, a quien por aquel entonces tenía como esclavo, castigado por haber asesinado a los cíclopes.

—¿Te han tratado bien aquí, Apolo? —le preguntó Admeto.

—Muy bien, majestad. Otros reyes mortales me hubieran ordenado hacer cosas desagradables, sólo para demostrar lo importantes que eran, pero tú has sido más un amigo que un amo.

—En ese caso, voy a pedirte un favor muy especial.

—No faltaría más.

—Acompáñame a Yolco, y ayúdame a uncir un jabalí y un león a mi carro.

—¡A tus órdenes!

Apolo se llevó su lira a Yolco y la tañó con tanta dulzura que el jabalí se quedó inmóvil, con la boca abierta, y el león empezó a ronronear como un gato. Fue fácil para Admeto engancharlos al carro y conducirlo.

Al día siguiente, Admeto se casó con Alcestis, pero olvidó ofrecer el sacrificio habitual a Artemisa, la hermana de Apolo, así que Artemisa convirtió a Alcestis en una larga y retorcida serpiente. Admeto, entonces, volvió a llamar a Apolo, que lo consoló:

—No llores, majestad. Le diré a mi hermana que has sido un buen amo conmigo y que no has tenido nunca intención de ofenderla.

Siguiendo el deseo de Apolo, Artemisa volvió a convertir a Alcestis en mujer.

—¡Gracias, querida hermana! —le dijo Apolo a Artemisa—. Y ahora, ya que estás en ello, ¿me harías un último favor? Acuérdate con Hades que cuando llegue el último día de Admeto, sea un miembro de su familia el que baje al Tártaro en su lugar.

Artemisa le preguntó a Hades si tenía mucha importancia de quién era el espíritu que llegara, mientras fuera puntual.

—No —contestó Hades—, pero además de ser puntual debe venir de buena gana.

Un día, Hermes entró en el dormitorio de Admeto:

—Por favor, sígueme hasta el Tártaro.

—¡Apolo, Apolo, ayúdame! —gritó Admeto.

Apolo apareció y estrechó la mano de Hermes.

—¡Espera un momento, hermano! El rey Hades le prometió a Artemisa que algún otro moriría en lugar de Admeto.

—Pues Admeto debe darse prisa, porque las parcas están a punto de cortar el hilo de su vida.

—Yo las entretendré. ¡Deprisa, Admeto, busca un sustituto!

Apolo voló hasta el Olimpo, le pidió una enorme copa de vino a Dionisos y se la llevó al cuarto de hilar.

—Probad esto —les dijo a las parcas.

Las parcas bebieron el vino y chasquearon sus arrugados labios. La más vieja, Átropos, dejó a un lado sus tijeras y gritó:

—¡Dadme otra copa!

Las parcas bebieron tanto que Admeto consiguió tres o cuatro horas para lograr un sustituto. Primero, fue a ver a sus padres, que tenían casi cien años.

—¿Alguno de vosotros querría morirse en mi lugar? —les preguntó.

—¡Claro que no! ¡Qué clase de mal hijo eres! Acabamos de empezar a disfrutar de la vida.

Admeto, después, se fue a las mazmorras para ver a dos presos miserables, que le habían suplicado que los sacara de su desgracia.

—¿Alguno de vosotros querría morir en mi lugar? —les preguntó.

—¡Claro que no! Cuanto antes te mueras, mejor para nosotros. Quizá el siguiente rey nos ponga en libertad.

Admeto, luego, fue a ver a un pobre hombre que tenía una enfermedad incurable.

—¿Te morirías en mi lugar? —le preguntó.

—¡Claro que no! La gente dice que mi enfermedad es incurable, pero siempre queda una esperanza: quizá venga Asclepio y me salve. En aquel momento, Alcestis llegó de Yolco, donde había sido la única de las tres hijas del rey Pelias que no se había dejado engañar por la treta de Medea del rejuvenecimiento.

—No quiero descuartizar a mi padre —había dicho—, aunque me lo ordene él mismo. Me voy a mi casa.

Admeto la recibió en la verja del palacio.

—Nadie quiere morir en mi lugar —gimió—. Supongo que será también inútil que te lo pida a ti, que dices amarme más que nadie.

Alcestis, entonces, se despidió de sus dos hijos pequeños con un beso, se bebió un veneno mortal y le hizo una seña a Hermes.

—¡Llévame contigo! —le dijo con firmeza.

Pero éste no fue el final.

Cuando Alcestis llegó al Tártaro, Perséfone salió del palacio de Hades para recibirla y le dijo:

—¡Vuelve a casa enseguida, señora! No puedo permitir que mujeres hermosas como tú mueran en lugar de sus egoístas esposos.

—Pero el rey Hades no dejará nunca que me vaya, ahora que ya estoy aquí.

—Déjame a mí. Yo sí sé cómo tratar a los esposos. ¡Fuera de aquí, ahora mismo, por la escalera lateral!

Alcestis volvió con sus hijos y éstos corrieron a abrazarla. Tras una fuerte discusión con Perséfone, Hades, que venía para volver a llevarse a Alcestis, llamó a la puerta de Admeto.

Apolo, entonces, llamó a Heracles y éste bajó del Olimpo para proteger a Alcestis.

—¿No sería mejor que obedecieras las órdenes de Hades, querida? —preguntó Admeto, nervioso, a Alcestis.

—¡Tú te quedas, reina Alcestis! —intervino, gruñendo, Heracles.

Siguiendo el consejo de Apolo, Admeto sacrificó entonces un cerdo a Hades.

—El alma del cerdo puede sustituirme —murmuró con voz temblorosa.

Y aunque a Hades el cambio no le gustó, temía mucho la maza de madera de olivo de Heracles; así que se marchó, refunfuñando:

—De acuerdo; acepto el alma del cerdo. La tuya no vale mucho más, ¡cobarde! ¡Mira que pedir a tus padres que murieran en tu lugar!

—¿Qué te hizo beber el veneno? —le preguntó Heracles a Alcestis.

—Lo hice por los niños. Si Admeto moría, su tío se hubiera hecho con el trono y los hubiera matado.

—Eso lo explica todo —contestó Heracles.

Un oráculo advirtió a Acrisio, rey de Argos, que su nieto lo mataría.

—Este vaticinio significa que debo asegurarme de no tener nietos —gruñó Acrisio.

De vuelta a casa, pues, Acrisio encerró a Dánae, su única hija, en una torre con puertas de bronce, custodiada por un perro feroz, y le llevó siempre la comida con sus propias manos.

Pero Zeus se enamoró de Dánae cuando la vio, desde lejos, apoyada con tristeza en las almenas. Para evitar que Hera lo descubriera, Zeus se convirtió en lluvia de oro y cayó sobre la torre, acercándose hasta la chica. Luego, recuperó su forma habitual.

—¿Quieres casarte conmigo? —le preguntó Zeus a Dánae.

—Sí —contestó ella—. Me siento muy sola aquí. Y ambos tuvieron un hijo, que se llamó Perseo. Cuando Acrisio oyó el llanto del bebé tras las puertas de bronce, se enfureció.

—¿Quién es tu marido? —le preguntó Acrisio a su hija.

—El dios Zeus, padre. ¡Atrévete a tocar a tu nieto y Zeus te matará de un golpe!

—Entonces, os apartaré a los dos y os pondré fuera de su alcance.

Acrisio encerró entonces a Dánae y a Perseo en un arca de madera, con una cesta de comida y una botella de vino, y la lanzó al mar.

—Si se ahogan, será culpa de Poseidón, no mía —dijo Acrisio a sus cortesanos.

Zeus ordenó entonces a Poseidón que tuviera un cuidado especial con esa arca. Así que Poseidón mantuvo el mar en calma y, poco después, el arca fue recogida por un pescador de la isla de Sérifos, que la vio flotando. El pescador la cogió con su red y la llevó a tierra; luego, abrió la tapa y Dánae salió ilesa de dentro, con Perseo en sus brazos.

El amable pescador los acompañó a ver a Polidectes, rey de Sérifos, que enseguida se ofreció para casarse con Dánae.

—No puede ser —contestó ella—. Ya estoy casada con Zeus.

—Quizá sí, pero si Zeus puede tener dos esposas, ¿por qué no puedes tener tú dos esposos? —respondió Polidectes.

—Los dioses hacen lo que se les antoja. Pero los mortales sólo podemos tener un esposo o una esposa a la vez.

Polidectes intentó constantemente que Dánae cambiara de opinión, pero ella siempre negaba con la cabeza, diciendo:

—Si me caso contigo, Zeus nos matará a los dos.

Cuando Perseo cumplió quince años, Polidectes lo llamó y le dijo:

—Ya que tu madre no quiere ser mi reina, me casaré con una princesa de la península de Grecia. Estoy pidiendo un caballo a cada uno de mis súbditos, porque el padre de la princesa quiere cincuenta caballos como pago por la boda de su hija. ¿Me complacerás también tú?

Perseo contestó:

—No tengo ningún caballo, majestad, ni dinero para comprar uno. Pero si me prometes casarte con esa princesa y dejar de molestar a mi madre, te daré lo que quieras, cualquier cosa del mundo, incluso la cabeza de Medusa.

—La cabeza de Medusa estaría muy bien —dijo Polidectes.

Medusa había sido una hermosa mujer, a quien Atenea había descubierto una vez besando a Poseidón en su templo. Atenea se enojó tanto por sus malos modales, que convirtió a Medusa en una gorgona: un monstruo alado, de mirada feroz, enormes dientes y serpientes en lugar de cabellos. Cualquiera que la mirara, se convertiría en piedra.

Atenea ayudó a Perseo, dándole un escudo pulido para que lo utilizase como espejo cuando cortase la cabeza de Medusa y, así, el héroe evitaría convertirse en piedra. Hermes, por su parte, también ayudó a Perseo, dándole una afilada hoz. Pero Perseo todavía necesitaba el casco de la

invisibilidad del dios Hades, un zurrón mágico en el que meter la cabeza una vez cortada y un par de sandalias aladas. Todo ello estaba custodiado por las náyades de la laguna Estigia.

Así que Perseo fue a preguntar a las tres hermanas grayas la dirección secreta de las náyades. Encontrar a las tres grayas, que vivían cerca del jardín de las hespérides, y tenían un sólo ojo y un sólo diente para las tres, fue difícil para Perseo. Pero el héroe llegó, finalmente, al lugar donde estaban y se situó con sigilo detrás de ellas, mientras éstas se pasaban el ojo y el diente de una a otra. Luego, les arrebató estos dos tesoros y se negó a devolvérselos, hasta que no le dijeran dónde encontrar a las náyades, cosa que hicieron. Perseo, pues, halló a las náyades en un lago, bajo una roca cerca de la entrada del Tártaro, y las amenazó con contar a todo el mundo dónde estaban y el aspecto que tenían, si no le prestaban el casco, las sandalias y el zurrón. Las náyades no soportaban que alguien pudiera saber que, aunque por lo demás resultaban atractivas, tenían rostros caninos, de manera que le prestaron a Perseo lo que solicitaba.

Perseo, ahora con el casco, el zurrón y las sandalias, voló hasta Libia sin ser visto. Allí, encontró a Medusa durmiendo, miró el reflejo de la gorgona en el escudo y le cortó la cabeza con la hoz. El único accidente desgraciado fue que la sangre de Medusa, que goteó del zurrón donde había guardado la cabeza, se convirtió en serpientes venenosas al caer al suelo. Esto convirtió a Libia, para siempre, en una tierra peligrosa. De regreso, cuando Perseo se detuvo para dar las gracias a las tres hermanas grayas, el titán Atlas le llamó para decirle:

—Dile a tu padre Zeus que, a menos que me libere pronto, dejaré que la bóveda celeste se desplome, lo que significará el fin del mundo.

Perseo, entonces, le mostró la cabeza de Medusa a Atlas, que de inmediato se petrificó y se convirtió en el gran macizo del Atlas.

En su vuelo a Palestina, Perseo vio a una hermosa princesa, llamada Andrómeda, encadenada a una roca en Jopa, y a una serpiente marina, enviada por el dios Poseidón, nadando hacia ella con las mandíbulas abiertas. Los padres de Andrómeda, Cefeo y Casiopea, rey y reina de los filisteos, habían recibido la orden de un oráculo de encadenar a su hija, para que se la comiera el monstruo. Parece ser que Casiopea les había dicho a los filisteos:

—Yo soy más hermosa que todas las nereidas del mar.

Y que esa arrogancia enojó al orgulloso padre de las nereidas, el dios Poseidón.

Perseo buceó hacia la serpiente marina y le cortó la cabeza. Después, desencadenó a Andrómeda, la llevó a su palacio y pidió autorización para casarse con ella. El rey Cefeo le respondió:

—¡Insolente! Ya está prometida con el rey de Tiro.

—Entonces, ¿por qué no la salvó el rey de Tiro?

—Porque tenía miedo de ofender a Poseidón.

—Pues yo no tengo miedo de nadie. Maté al monstruo. Andrómeda es mía.

Mientras Perseo hablaba, el rey de Tiro llegó al frente de su ejército y gritó:

—¡Fuera de aquí, extranjero, o te cortaremos en pedazos!

Perseo le dijo entonces a Andrómeda:

—Por favor, princesa, cierra bien los ojos.

Andrómeda obedeció y Perseo sacó la cabeza de Medusa de la bolsa y transformó a todo el mundo que miraba en piedra.

Cuando Perseo regresó volando a Sérifos, con Andrómeda en brazos, descubrió que Polidectes, después de todo, le había engañado, y que, en lugar de casarse con aquella princesa de la península, seguía molestando a su madre Dánae. Así que Perseo convirtió a Polidectes y a su familia en piedra y nombró rey de la isla a su amigo pescador. Luego, le dio la cabeza de Medusa a Atenea y le pidió amablemente a Hermes que devolviera el casco, el zurrón y las sandalias a las náyades de la laguna Estigia. De esta manera, demostró tener mucho más sentido común que Belerofonte, que continuó usando el caballo alado Pegaso después de matar a Quimera. Los dioses decidieron que Perseo se merecía una vida larga y feliz, y le permitieron casarse con Andrómeda, convertirse en el rey de Tirinto y construir la famosa ciudad de Micenas cerca de allí.

En cuanto al rey Acrisio, Perseo se lo encontró una tarde en una competición atlética:

—¡Saludos, abuelo! Mi madre Dánae me pide que te perdone. Si la desobedezco, las furias me azotarán, así que estás a salvo de mi venganza —le dijo.

Acrisio se lo agradeció; sin embargo, cuando Perseo participaba en un concurso de lanzamiento de discos, un golpe de viento desvió el disco que había lanzado y le rompió el cráneo a su abuelo Acrisio, cumpliéndose así el oráculo. Más tarde, Perseo y Andrómeda se convirtieron en constelaciones, así como los padres de Andrómeda, Cefeo y Casiopea.

La cacería del jabalí de Calidón

XXIV

Cuando sólo tenía siete días de edad, Meleagro, príncipe de Calidón, enfermó a causa de unas fiebres. En aquel momento, regresando de su lucha contra los gigantes, aparecieron por casualidad en el palacio las tres parcas. Átropos dijo:

—La vida del niño durará tanto tiempo como ese tronco de acebo que arde en el hogar.

Así que la madre de Meleagro sacó el tronco del fuego, echó agua sobre el extremo que ardía y lo escondió en un cofre. El niño se curó y llegó a ser el mejor lancero de Grecia.

Tiempo después, el padre de Meleagro, rey de Calidón, olvidó mencionar a Artemisa durante un sacrificio a los dioses del Olimpo. Así que esta diosa lo castigó, enviando un enorme jabalí para que matara a sus granjeros y arrasara sus campos de trigo. El rey, entonces, envió heraldos, invitando a todos los héroes de Grecia a que vinieran a su reino, para cazar al jabalí. Quien matara al animal podría quedarse con su piel. La mayoría de los héroes que vinieron para la cacería habían sido argonautas. Participaron Jasón; Anfiarao de Argos (que más tarde caería muerto en Tebas); los gemelos celestiales, y sus rivales Idas y Linceo; Anceo, el timonel del *Argos*, y el mismo Meleagro.

Entre el resto de los cazadores, estaba el hermano gemelo de Heracles, Ificles; Teseo, famoso por haber matado a Minotauro; Peleo, esposo de la diosa del mar Tetis; dos tíos de Meleagro, y una chica alta y delgada, llamada Atalanta, así como también dos centauros.

El padre de Atalanta, el rey de Arcadia, deseaba un heredero para su trono y tuvo tal desilusión cuando nació una niña, que ordenó a su criado que la llevara a la cima de una montaña y la dejara morir allí. Pero Artemisa envió una osa para amamantar a Atalanta, la cual se convertiría en una célebre cazadora y en la corredora más rápida del mundo. Como hija adoptiva de Artemisa, Atalanta juró que nunca se casaría.

Cuando Atalanta llegó a Calidón, Anceo bramó:

—¡Me niego a cazar con una mujer! Las mujeres siempre pierden la cabeza cuando un jabalí ataca. Se equivocan y disparan sobre sí mismas o sobre sus amigos. ¡Echad a Atalanta!

Meleagro respondió:

—¡Por supuesto que no! Yo asumo la responsabilidad de esta cacería. Si no te gusta Atalanta, márchate tú. Ella sabe más de caza de lo que tú nunca aprenderás. Venga, bebamos vino juntos y seamos buenos amigos.

Anceo refunfuñó, pero al final se quedó. Tenía muchas ganas de matar al jabalí.

Ebrios a causa del vino, los dos centauros empezaron a tirar muebles por todas partes y uno le apostó al otro que, en cuanto empezara la cacería, sería el primero en conseguir un beso de Atalanta.

Los cuernos sonaron y los cazadores se adentraron entre los árboles. Cuando los centauros intentaron besar a Atalanta, ella los mató a los dos con sus flechas y siguió caminando con toda tranquilidad. Linceo vio al jabalí escondido cerca de un antiguo arroyo y dio la voz de alarma. El jabalí salió entonces corriendo y mató a tres de los cazadores. Un cuarto cazador, el joven Néstor, que más tarde lucharía en Troya, dio un grito de aviso y se subió a un árbol. Jasón y los gemelos celestiales lanzaron jabalinas contra la bestia, pero todos fallaron. Sólo Ificles logró rozarle un costado. Poco después, mientras Peleo corría para ayudar a un cazador que había tropezado con una raíz, Atalanta disparó una flecha, que atravesó la cabeza del jabalí por detrás de la oreja y que hizo que el animal huyera chillando. De no ser por aquel disparo, el cazador habría muerto, pero Anceo

gritó:

—¡Mujer tenía que ser! ¿Y si hubiera fallado el tiro? Esa flecha podría haberme herido a mí. ¡Ahora, vedme luchar a mí!

Cuando el jabalí embistió, Anceo intentó herirle con su hacha de combate, pero sólo cortó el aire: el jabalí lo despedazó con sus colmillos. Luego, Peleo le lanzó una jabalina con furia, pero la lanza rebotó en un árbol y mató a otro de los cazadores, el séptimo de aquella fatídica mañana. Por fin, Anfiarao dejó ciega a la bestia, atravesándole el ojo derecho con una flecha. El jabalí arremetió entonces contra Teseo y hubiera acabado enseguida con el héroe, si Meleagro no se hubiera abalanzado sobre el animal por el lado en que éste no podía ver. Meleagro hundió la lanza por debajo del omoplato de la bestia y se la clavó en el corazón.

El monstruo cayó muerto. Meleagro lo despellejó enseguida y le entregó la piel a Atalanta.

—Te la mereces, mi señora —le dijo—. Tu flecha le hubiera causado la muerte muy pronto.

Los tíos de Meleagro protestaron inmediatamente:

—¡No, Meleagro! ¡Quédatela tú! Tú la has conseguido con absoluta justicia —repuso uno.

—Atalanta sólo provocó la primera sangre —continuó el otro.

—¡No es verdad! Ificles hirió a la bestia mucho antes que ella. Si no quieres la piel, dásela a Ificles —siguió el primero.

—¡Cerrad la boca los dos! He otorgado la piel del jabalí a Atalanta —exclamó Meleagro.

—Estás enamorado de la chica —observó el más joven de sus tíos, con una sonrisa de desprecio—. ¿Qué dirá tu esposa?

—¡Pide disculpas por ese comentario o te mataré! —gritó Meleagro.

—¿Por qué debería pedir disculpas? —preguntó el tío de más edad—. Cualquiera puede ver que ha dicho la verdad.

Meleagro, colérico, agarró su lanza y atravesó a sus dos tíos.

Poco después, la madre de Meleagro se enteró de que su hijo había matado a sus dos hermanos favoritos, así que sacó el tronco de acebo del cofre y lo arrojó al fuego.

Meleagro sintió un repentino dolor ardiente por dentro y murió lentamente, cumpliéndose así la profecía de las parcas.

El padre de Atalanta, el rey de Arcadia, al saber que su hija había ganado la piel del jabalí, le envió un mensaje:

—Estoy orgulloso de ti, hija mía. Ven a visitarme.

Cuando Atalanta llegó al palacio de Arcadia, su padre le dijo:

—¡Bienvenida a casa! Deja que busque un esposo digno de ti.

—¡Pero, padre! He jurado no casarme nunca. ¡Odio a los hombres!

—La reina Afrodita te castigará con severidad por decir esas palabras. En cualquier caso, soy tu padre y te ordeno que te cases con quien yo elija como heredero.

—Primero deberá alcanzarme.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es que primero deberá ganarme en una carrera de noventa metros y también he de advertir que mataré a todo aquel que no consiga ganar la carrera.

El rey aceptó, refunfuñando. Durante uno o dos años, Atalanta mató a varios príncipes pretendientes que, aunque veloces, perdieron la carrera. Por fin, un príncipe llamado Melanión ofreció un sacrificio a Afrodita y le rogó:

—¡Ayúdame, oh, diosa!

Afrodita le prestó a Melanión las tres manzanas de oro que Heracles había conseguido en el jardín de las hespérides y que Euristeo, más tarde, le había regalado. La diosa le dijo a Melanión que las tirara al suelo, una tras otra, durante la carrera. Melanión así lo hizo y Atalanta aminoró su velocidad para recogerlas, por lo que perdió.

Melanión se convirtió así en esposo de Atalanta.

El concurso de los comedores de carne

XXV

Zeus, adoptando la forma de cisne, se unió con la reina Leda de Esparta. Al cabo de un tiempo, Leda puso un huevo azul que contenía tres bebés, uno de los cuales llegó a ser Helena de Troya. Los otros dos fueron los llamados gemelos celestiales o dios-curos. Castor, el mayor, se haría famoso como domador de caballos y Pólux, el menor, en el pugilato. Entre ambos ganaron casi todas las pruebas de los juegos olímpicos y siempre se mantuvieron unidos.

Sus primos, Idas y Linceo, hijos gemelos de Poseidón, también se mantuvieron siempre unidos. Idas era un magnífico lanzador de jabalina y Linceo fue el hombre con la mejor vista del mundo. Podía ver en la oscuridad o localizar un tesoro enterrado, fijando su vista sobre la tierra. Linceo fue el primero en ver al jabalí de Calidón y dar la voz de alarma. Y durante el viaje de los argonautas, Jasón lo eligió para ser el vigía del *Argos*.

Las dos parejas de gemelos se llevaron bien durante la expedición de Jasón y durante la cacería del jabalí de Calidón, puesto que debían enfrentarse a un peligro común. Pero más tarde, Castor y Pólux robaron a las dos hermanas gemelas con las que estaban prometidos Idas y Linceo; las raptaron y se casaron con ellas. Esto hubiera significado una batalla, si Idas no se hubiera enamorado oportunamente de una chica llamada Marpesa y no le hubiese cedido encantado su antigua amada a Castor. Tiempo después, el dios Apolo intentó quitarle Marpesa a Idas y éste gritó:

—Quiero a Marpesa más que a mi propia vida, Apolo. Acepta batirte en duelo conmigo. No tienes derecho a robar las mujeres amadas de los hombres mortales sólo porque seas un dios.

Zeus admiró la valentía de Idas y sentenció:

—Que sea Marpesa la que elija entre Idas y Apolo.

Marpesa eligió a Idas, con esta explicación:

—Sería estúpido casarse con un dios. Me he fijado en que los dioses siempre abandonan a sus esposas mortales, en cuanto éstas se hacen un poco mayores. Pero Idas será mi esposo durante toda la vida. Así que elijo a Idas.

Linceo también encontró esposa y les dijo a los gemelos celestiales:

—Ahora todos podemos volver a ser amigos.

—¿Por qué no? —contestó Castor—. ¿Qué os parece si vamos a Arcadia, los cuatro juntos, y robamos ganado al rey Iaso?

—Podría ser divertido —aprobo Idas.

Al día siguiente, las dos parejas de gemelos robaron ciento una vacas del rey Iaso y derrotaron a los soldados que salieron a perseguirles.

De vuelta a casa, se detuvieron junto a un arroyo y Pólux preguntó:

—¿Cómo nos repartiremos el ganado de forma justa? Ciento uno no puede dividirse exactamente por cuatro.

Lo echaron a suertes y le tocó a Idas resolver el problema. Éste mató una vaca, la cortó por la mitad, asó ambas partes y, después, dijo:

—Propongo un concurso de comida. Esta mitad de la vaca es para Linceo y para mí; ésta otra para vosotros dos. Mirad, corto cada mitad en cuartos. De las cien vacas que quedan, cincuenta serán para el primero que se coma el cuarto que le toca y las otras cincuenta para el segundo. ¿Preparados? ¡A comer!

Castor y Pólux todavía no habían afilado sus cuchillos para cortar las tajadas de carne, por lo que Idas empezó con ventaja. Idas se tragó la carne con tal avidez, que se acabó su parte antes de

que los otros tres apenas se comieran unos pocos kilos. Luego, también ayudó a Linceo a ingerir su cuarto.

—Hemos ganado todas las vacas entre los dos —anunció, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. ¡Vamos, Linceo!

Castor y Pólux siguieron comiendo y, cuando terminaron sus porciones, fueron a Mesenia y protestaron ante los jueces de la ciudad:

—¡Idas empezó a comer antes de tiempo!

—Sí, y Linceo sólo se comió la mitad de su parte.

—En realidad, ninguno de los dos ha ganado.

Los jueces respondieron:

—Esperemos a que regresen Idas y Linceo, y entonces decidiremos. Están en la cima de aquella montaña, ofreciendo un sacrificio a Poseidón.

Castor y Pólux se marcharon enfadados y se escondieron en un roble hueco al pie de la montaña, con la intención de matar a Idas y a Linceo.

Pero Linceo tenía una vista tan aguda que, incluso desde el altar en la cumbre de la montaña, pudo ver a los gemelos celestiales a través del tronco del árbol.

—Apunta a aquel roble hueco —le susurró a Idas.

Idas cogió carrerilla y lanzó su jabalina, que se clavó en el roble y mató a Castor por la espalda. Pólux salió corriendo para vengar la muerte de su hermano gemelo y entonces Idas le arrojó parte del altar. Pólux, aunque malherido, consiguió alcanzar a Linceo con su lanza.

Luego, cuando Idas se inclinó sobre Linceo, para ver si la herida era mortal, Pólux se arrastró penosamente y los apuñaló a los dos hasta matarlos.

Pólux, entonces, rezó a Zeus:

—¡Padre, no permitas que me separe de mi querido hermano!

Estaba escrito que uno de los gemelos celestiales sería inmortal y el otro mortal. Pero Zeus hizo un trato con Hades y éste dejó que los dos se convirtieran en semidioses, lo que significaba que pasarían medio año en el Tártaro y seis meses en la Tierra.

Poseidón pidió entonces que el mismo honor les fuera concedido a sus gemelos.

—¡No! —dijo Zeus, orgulloso—. Porque mi hijo Pólux ganó el combate.

Los siete contra Tebas XXVI

Un día, Adrasto, rey de Argos, discutió con su cuñado Anfiarao. Adrasto quería permitir que Polinice, antiguo rey de Tebas, se refugiara en Argos.

—No, échalo —dijo Anfiarao—. Perdió el trono por su mala conducta y no hará otra cosa que traer mala suerte a nuestra ciudad.

—Si decido acogerlo en mi palacio —contestó Adrasto—. ¿Qué tienes tú que decir?

—Tengo que advertirte contra la mala suerte.

—¡Una palabra más y te mataré!

Los dos desenvainaron las espadas. Pero Erífila, hermana de Adrasto y esposa de Anfiarao, entró corriendo en la sala y tiró las espadas por el aire con su rueca.

—¡Ahora, haced las paces! Y prometedme que siempre me pediréis consejo cuando haya una discusión.

Adrasto y Anfiarao se lo prometieron solemnemente, ya que ella había evitado que se mataran. Luego, Polinice le pidió a Adrasto que le ayudara a recuperar el trono de su hermano, que

había sido nombrado nuevo rey de Tebas. Adrasto le prometió que incluso declararían la guerra a los tebanos, si fuera necesario. Pero Anfiarao contestó:

—He tenido una visión que me advertía de que esa guerra causaría muchas muertes, incluyendo la mía.

—¡Tonterías! —gritó Adrasto.

—Te pido que dejes a Tebas en paz.

—¿Qué tiene esto que ver contigo?

Polinice, que sabía que Adrasto y Anfiarao llamarían a Erífila para mediar en la discusión, llevaba encima un collar mágico que se había traído de Tebas, un regalo de boda de la diosa Afrodita para su antepasada, la esposa de Cadmo. El collar tenía la propiedad de mantener siempre joven y hermoso el rostro de su portador. Polinice se lo ofreció a Erífila.

Erífila, que se estaba volviendo bastante fea, aceptó el collar de buena gana y luego le dijo a Anfiarao que debía obedecer al rey Adrasto, pasara lo que pasara.

Cuando el ejército de Argos llegó a Tebas, el profeta Tiresias, que vivía en la ciudad, advirtió a los tebanos que la ciudad caería, a menos que uno de los hombres sembrados — descendientes de los que brotaron de los dientes de dragón sembrados por Cadmo— se ofreciera en sacrificio al dios Ares de forma voluntaria. Casi inmediatamente, uno de los hombres sembrados se tiró de cabeza desde lo alto de la muralla y se rompió el cráneo contra las rocas.

El ejército del rey Adrasto estaba formado por siete compañías que debían atacar las siete puertas de Tebas al mismo tiempo. Cuatro jefes de compañía fallecieron en la lucha, pero murieron también tantos tebanos, que se llegó a pactar una tregua. Polinice, entonces, propuso batirse en duelo por el trono contra su hermano, el rey Eteocles. Ambos lucharon y se mataron el uno al otro y, poco después, los tebanos atacaron y obligaron a huir al ejército de Adrasto. Anfiarao murió cuando su carro cayó por un barranco, de manera que de los siete jefes que comenzaron la batalla, sólo Adrasto pudo escapar.

Muchos años después, todos los hijos de los jefes muertos clamaron venganza, todos menos el hijo mayor de Anfiarao, Alcmeón, que les aconsejó no realizar un nuevo ataque contra Tebas. El hijo de Polinice sobornó de nuevo a Erífila, para que aconsejara resolver el conflicto mediante la guerra. Le dio la túnica mágica de Afrodita, otro regalo de boda de su antepasada, cuya propiedad era mantener siempre elegante el cuerpo de quien la llevara. El cuerpo de Erífila estaba perdiendo toda su gracia, aunque su cara se mantenía hermosa.

Los hombres de Argos volvieron a atacar las puertas de Tebas, y fueron de nuevo derrotados. Esta vez sólo murió uno de los siete jefes, el hijo del rey Adrasto, heredero del trono de Argos. Entonces, el profeta Tiresias advirtió de nuevo a los tebanos:

—Todo está perdido. Estaba escrito que Tebas no caería jamás mientras Adrasto viviera. Pero es seguro que morirá de dolor cuando sepa que su hijo ha muerto. Será mejor que huyamos de Tebas enseguida, si no queremos que nos aniquilen.

Los tebanos gritaron:

—¡Oh, Tiresias! ¿No estarás inventándote todo esto, por miedo a morir en la batalla?

—No. Me preocupa vuestra seguridad, no la mía. Mi vida está destinada a terminar mañana, sea cual sea vuestra decisión.

Aquella noche, todo el mundo salió en silencio de Tebas, dejando que el ejército de Argos asaltara la ciudad y saqueara las casas al amanecer. Tiresias murió ese día, tal como predijo, al morderle una serpiente venenosa, cuando bebía en la fuente de un camino.

Los hombres de Argos retornaron triunfantes con oro, plata, alimentos y vino. El hijo de Polinice fanfarroneó borracho sobre su astucia, al ofrecerle la túnica mágica a Erífila. De esta manera, Alcmeón se enteró de algo que no sabía: su madre había sido sobornada en dos ocasiones, para que declarara la guerra a Tebas y, la primera vez, su padre había muerto en la lucha.

Alcmeón entonces vengó a Anfiarao matando a Erífila. Pero cuando asestaba el último golpe, Erífila gritó:

—¡Furias, furias! ¡Perseguid a este miserable que mata a su propia madre! ¡Que ninguna de las tierras que ahora ve el Sol le proteja de vuestra cólera!

Las furias persiguieron a Alcmeón con sus látigos. La maldición de Erífila cayó sobre todos los países por donde pasó Alcmeón. Las cosechas se malograban, y las ovejas y las vacas morían. Alcmeón era siempre obligado a irse del lugar donde estuviera. Finalmente, Alcmeón encontró un trozo de tierra que el Sol no miraba en el momento en que Erífila gritó la maldición: una gran tormenta había arrastrado tierra y piedras, desde las montañas del norte de Grecia, y había formado una nueva isla en la desembocadura del río Aqueloo. Fue allí donde se estableció Alcmeón, que vivió en paz, después de contraer matrimonio con la hija de un dios-río. Y la túnica y el collar mágicos fueron enviados a Delfos, donde el dios Apolo se hizo cargo de ellos, para evitar que causaran más daño.

El final del reinado de los dioses del Olimpo XXVII

Cuando nació Narciso, la madre de éste consultó con el profeta Tiresias.

—Este niño —contestó Tiresias— vivirá hasta una edad muy avanzada, siempre que no se vea a sí mismo.

Narciso creció muy guapo y todas las mujeres se enamoraban de él, pero él las rechazaba a todas, diciendo que el amor no le interesaba.

Zeus, al adoptar la forma de cisne y unirse a Leda, le dijo a Eco, una ninfa de la montaña:

—¡Por favor, Eco, evita que Hera me siga!

—¿Cómo?

—Háblale. Dile cualquier cosa. Cuéntale mentiras.

Eco, por tanto, le dijo a Hera que había visto salir a Zeus disfrazado de pájaro carpintero. Hera, desde entonces, escuchó con atención todo ruido. Un día, la diosa oyó el sonido de un pájaro carpintero, que golpeteaba el tronco de un árbol con el pico, y corrió para atraparlo. Pero resultó ser un pájaro corriente, lo mismo que el siguiente que capturó.

Hera entonces sospechó que Eco le había tomado el pelo.

—Muy bien, niña —murmuró—. Te castigo a ser invisible para siempre y sólo podrás repetir las palabras que digan los demás.

Más tarde, Eco se enamoró de Narciso. La situación era complicada, porque él no podía verla a ella, y ella no podía iniciar nunca una conversación.

Un día, Narciso salió de caza y se encontró de repente alejado de sus compañeros. Eco lo siguió y Narciso oyó pasos muy cerca, sin embargo no vio a nadie.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó.

—Aquí —repitió Eco.

—¡Entonces, acércate! —dijo Narciso, confundiendo la voz de Eco con uno de sus amigos.

—Acércate —repitió ella.

—¡Aquí estoy!

—¡Aquí estoy!

Eco corrió hacia Narciso y lo abrazó.

—¡Eres una mujer! ¡Odio a las mujeres que me dicen «bésame»! —exclamó Narciso.

—¡Bésame! —repitió Eco.

Narciso la apartó y se fue corriendo a casa.

La diosa Afrodita castigó a Narciso por ser tan testarudo y permitió que viera su imagen reflejada en el agua, al inclinarse a beber en la orilla de un estanque. Narciso, entonces, se enamoró perdidamente de su imagen.

Cada vez que intentaba besarse a sí mismo, sólo conseguía mojarse la cara y deshacer el reflejo. Sin embargo, no soportaba la idea de abandonar el estanque. Al final, lleno de pena y frustración, se mató.

—¡Ay! ¡Ay! —gimió.

—¡Ay! ¡Ay! —repitió Eco, que le observaba desde cerca.

—¡Adiós, hermoso rostro al que amo!

—¡Adiós, hermoso rostro al que amo! —repitió Eco.

Fue entonces cuando Apolo convirtió a aquel joven en la flor del narciso.

Juliano de Constantinopla, el último emperador romano que adoró a los dioses del Olimpo, murió luchando contra los persas, el año 363 después de Cristo. Las tres parcas, entonces, informaron a Zeus que su reinado finalizaba y que él y sus amigos debían abandonar el Olimpo.

Furioso, Zeus destruyó el palacio con un rayo y se fueron todos a vivir entre la gente humilde del campo, esperando tiempos mejores. Los misioneros cristianos, no obstante, los persiguieron con la señal de la cruz y transformaron sus templos en iglesias, que repartieron entre los santos más importantes. Y así los mortales pudieron volver a contar el tiempo por semanas, como les había enseñado el titán Prometeo. Los dioses del Olimpo se vieron obligados a esconderse en bosques y cuevas, y nadie les ha visto desde hace siglos.

Sin embargo, Eco sigue existiendo, igual que la flor del narciso, que inclina su cabeza con tristeza y mira su reflejo en los estanques de montaña, y también existe el arco iris, de Iris. Los cristianos, además, no pusieron nombres nuevos a las estrellas. Por la noche, en el cielo, todavía podemos ver al Escorpión que pisó Heracles; al propio Heracles; al León de Nemea que el héroe mató; a la Osa de Artemisa que amamantó a Atalanta; al Águila de Zeus; a Perseo y a Andrómeda, y a los padres de ésta: Cefeo y Casiopea; la Corona de Ariadna; los Gemelos Celestiales; Quirón el Centauro, conocido hoy como «El Arquero»; el Carnero de Frixo; el Toro que raptó a Europa; el caballo alado Pegaso; el Cisne de Leda; la Lira de Orfeo; la popa del *Argos*; el cazador Orión, con su cinturón y su espada, y muchos otros recuerdos del antiguo y salvaje reinado de los dioses del Olimpo.